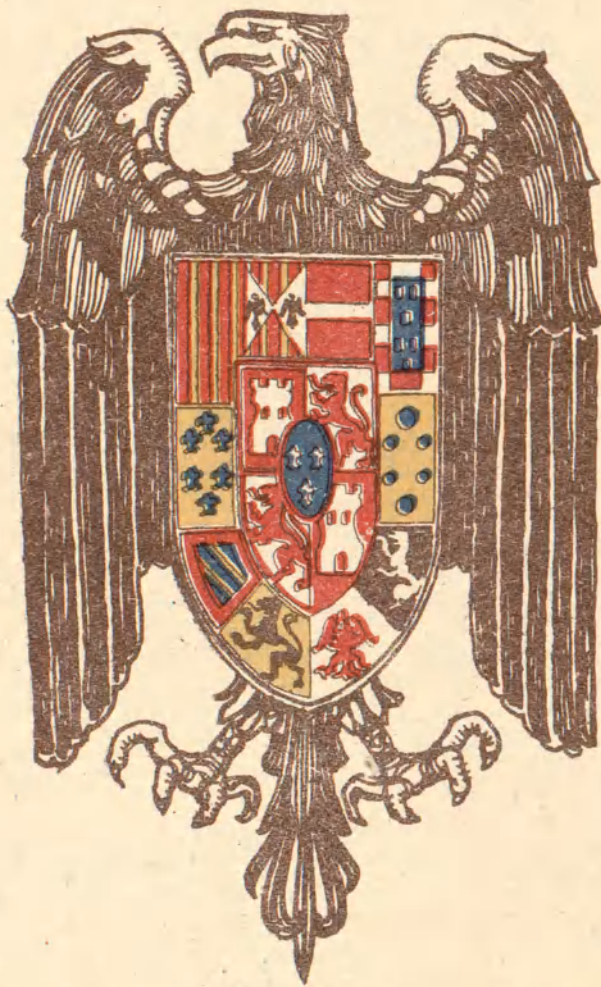


VOLUNTAD



• NUMERO VIII •

MADRID · 1.º DE MARZÓ · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO E NUM.º
DOS PESETAS



SUMARIO

- Cubierta:** Retrato de la Princesa Patricia de Inglaterra —hoy Lady Ramsay— y de su primer hijo. Interesante fotografía obtenida en Clarence-House.
- Acta de la quincena:** Ilustrada con fotografías de actualidad.
- Palabras de nuestro Padre Benedicto XV:** Acerca del ejemplo que ha de dar la mujer católica, con su manera de vestir.
- Junta de Hijas de María:** Palabras de VOLUNTAD.
- Tánger:** Impresiones de viaje por Marruecos. Crónica de A. Muñoz Bosque. Fotografías de Blanco.
- Portada:** Pintores españoles. Reproducción, a todo color, del cuadro de J. Druis Biada «Una montañesa».
- En la Capilla Real de Granada, el día de la Toma:** Por Martín D. Berrueta. Dibujos de P. Vera.
- Damas y Poetas:** Poesía de Enrique Menéndez Pelayo, ilustrada por Vivanco.
- Ashaverus:** Visión gibraltareña, por J. Ortega Munilla. Dibujo de Moya del Pino.
- Crónica retrospectiva:** El álbum de una dama aristocrática, por Monte-Cristo.
- Una acuarela de Palmaroli:** Reproducción a todo color de una página del álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Una poesía inédita de D. Pedro Antonio de Alarcón:** Facsímil de un autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Cantares inéditos de D. Ramón de Campoamor:** Facsímil de un autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Un dibujo inédito de Gustavo Adolfo Becquer:** Reproducción del original, contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Un dibujo inédito de Valeriano Becquer:** Reproducción del original, contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Una poesía inédita de D. Manuel Bretón de los Herreros:** Facsímil del autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Una poesía inédita de D. Miguel de los Santos Alvarez:** Facsímil del autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Una poesía inédita de D. José Zorrilla:** Facsímil del autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Un dibujo inédito de A. Gisbert:** Reproducción del original contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Una poesía inédita de D. Antonio Cánovas del Castillo:** Facsímil del autógrafo contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Un paisaje de C. de Haes:** Reproducción del original contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Un apunte de Esteban:** Reproducción del original contenido en el álbum de la Sra. Condesa de Peña Ramiro.
- Arquitectura Española Moderna:** Una obra de Leonardo Rucabado. Ilustrada con fotografías y planos.
- La Cumbre Mística:** Ensayos de psicología española, por Ricardo León. Dibujos de Moya del Pino.
- Como el pan:** Cuento, por Soledad Ruiz de Pombo. Dibujo de A. Vivanco.
- Los Caballeros Grises:** Evocación, por Víctor de la Serna. Dibujos de Moya del Pino.
- Por el bien de ellos:** Información acerca del Colegio de Santa María, fundado en Londres para la instrucción de niñas. Ilustrada con fotografías.
- Sección infantil:** Historia de un jilguero, por A. Porra. Dibujos de Vivanco.
- La Novela de un Novelista:** Por Armando Palacio Valdés. Ilustraciones de Juan José.

AÑO
II

VOLVNTAD

NÚM.
8

MADRID, 1.º DE MARZO DE 1920



*La Princesa Patricia de Inglaterra—hoy Lady Ramsay—con su primer hijo. Fotografía obtenida en Clarence-House.
(Central Hews)*

ACTA DE LA QUINCENA

Las emociones de la política han sido muy vivas en los últimos días. Hubo una crisis unipersonal, la del señor Gimeno; otra crisis total, aplazada, nueva crisis, siempre crisis. La inseguridad de la vida oficial se manifiesta de modo tan palmario, que no hay término de comparación ni aún apelando a las cosas más efímeras y perecederas. No entramos aquí en el detalle de los sucesos. Consignamos sólo los rasgos esenciales, y es esencialísimo el de que en esta era de tristezas en que el poder del Estado claudica y se debilita, los representantes de ese Poder pasan como sombras por las esferas de la Gobernación.

Se prescindió del gobierno de los partidos y se intentó el gobierno de los grupos. No hay duda, que este sistema ha fracasado; y el caso ha ocurrido cuando más importaba que hubiese un régimen de fortaleza que contestara a las audacias criminales del sindicalismo, con resoluciones enérgicas y con bravas arrogancias.

Un debate en la Alta Cámara, que repercutió en el Congreso, ha sido causa de que el digno capitán general de Cataluña, señor Miláns del Bosch, abandone aquel cargo que ejercía con el aplauso y la confianza de todos los elementos de orden de Cataluña. Es caso curioso; pocas veces son nombrados aquí para el desempeño de las funciones de la autoridad, hombres capacitados, a quienes acoja con simpatía y respeto la opinión común. Pero, así que se da este fenómeno raro, vienen las dificultades. Al representante del Poder, torpe, desmañado, ineficaz y odioso, le acompaña la protección política. Al

que cumple bien sus deberes, logrando de esta manera el cariño del público, a ese se le persigue y se le arroja. Semejante verdad, harto probada, bastaría para que se acreditase que las organizaciones parlamentarias son incompatibles con el sentimiento de defensa del pueblo español.

El ilustre general Weyler, cumpliendo como siempre sus deberes de soldado, ha ido a Barcelona a sustituir al general Miláns del Bosch, entre el respeto que merecen los que se rinden a la Patria.

Y cuando salimos del mundo político, sin haber hallado sino señales de egoísmo, personalismos peligrosos, contiendas de vanidad, nos hallamos con el ruidoso tumulto de las carnestolendas, atávica remembranza de los tiempos medioevales, y, aún acaso, de la mitología helena.

Diríase que la humanidad necesita una hora de abandono, para vivir libre de todo régimen de recato y de formalidad. Selgas dijo en una de aquellas punzantes ironías de sus artículos: «Cuando el hombre se disfraza y cubre su rostro con la careta es cuando, verdaderamente, demuestra la sinceridad de su condición». Comentario propio del Carnaval es el de que es una fiesta que decae. Esta frase parece estereotipada en las columnas de los periódicos, y no hay cronista de la bullanga que no la repita siempre. Desde 1835 hasta la fecha, han sido examinadas por un curioso las colecciones de los diarios de Madrid y de Barcelona, sin encontrar ni una sola vez la afirmación de que el Carnaval florecía con magnificencia de



Para asegurar la paz del mundo.—Primera sesión de la Asamblea de la Liga de las Naciones, en Londres.—Los asambleístas son: Mr. Balfour (Inglaterra); Mr. Bourgeois (Francia); Sr. Ferrario (Italia); Mr. Paul Hymans (Bélgica); M. Athos Romanos (Grecia); Mr. Hatsui (Japón); Sr. Quiñones de León (España), y Sir Eric Drumond, Secretario General de la Liga

(Fot. Central News)



Barcelona.—El General Weyler, a su llegada a Barcelona

(Fot. Badosa)

ingenio, de riqueza y de buen humor. En cambio, la frase ya copiada, ha ido saltando de página en página. De modo que no sabemos a que atenernos. ¿Muere el Carnaval? ¿Es que vive como siempre vivió?...

Este año ha dado de sí el Carnaval un nuevo rasgo, totalmente nuevo, aunque muy propio de las circunstancias. En Barcelona, han surgido entre las muchedumbres regocijadas de menestrales de la clase media y de los opulentos que paseaban a pie o en coche, disfrazados o no por las Ramblas, por el Paseo de Colón y por las rúas antiguas o modernas de la gran ciudad, ciertas máscaras rojas que arrojaban sobre las gentes chorretadas de ácido sulfúrico, bolsas llenas de inmundicias, *confetis* envenenados. El odio de los viles ha intervenido otra vez. La miserable campaña de propagandas satánicas, que viénesse realizando impunemente, ha llevado al corazón de muchos seres el odio al júbilo. Así como los antiguos egipcios saturaban el cuerpo del muerto de substancias que le conservaran perennemente libre de la pudrición, así estos organizadores de bolcheviquismo, han saturado el alma de las bajas multitudes de negra y trágica desesperanza.

Y cuando el dolor nos embarga al apuntar los actos y deducir las consecuencias de este período de la vida, escuchamos con emoción la voz lejana que vibra bajo el templo. Y esa voz nos conforta, nos anima y nos dispone al novilísimo empeño defensivo y reconstructor.

El eminentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo, señor Guisasola, acaba de publicar una Carta Pastoral, que se titula *La ley del sacrificio*. Documento admirable, en el que campea el gallardo, enérgico estilo, propio del maestro de la Fe, el que en la colección de sus Pastorales y discursos de propaganda y de advertimiento, ha tratado todos los temas sociales acreditando así excelsa perspicacia, profundo estudio, cultura extensa, y la gracia del decir brioso y gentilísimo.

En esta última Pastoral, que viene al estado de las conciencias como anillo al dedo, hay frases admirables y observaciones agudísimas. «Las naciones vencedoras se sienten anonadadas por el enorme precio de la victoria, en la que consumieron sin tasa y sin medida todos valores humanos»... «Por lo que toca a España, asistida provisionalmente como ningún

otro país de Europa en estos últimos años, es altamente doloroso que una minoría turbulenta paralice toda la vida nacional, oponiéndose al progreso y al bienestar inmediato a que tenemos derecho...» Luego, hay en las páginas de Su Eminencia, enternecedoras definiciones del dolor. «Queramos o no, nuestro camino está lleno de abrojos, nuestra mansión es un valle de lágrimas». «Pero también está la esperanza del socorro, si volvemos nuestros ojos y nuestro corazón a la fuente de agua viva, que salta hacia la vida eterna». «El gozo y la gloria, son para después, para el día de la victoria última y definitiva.»

Y luego el Cardenal Guisasola, traza, en síntesis acertadísima, todo un programa de gobierno y marca orientaciones y ordena lo que han de hacer los católicos militantes y exclama: «¡La religión del sacrificio, alma de la sociedad!».

Reciba el Cardenal, por tantos motivos ilustre y benemérito, la gratitud de los fieles, porque en los momentos de las hondas perturbaciones, nos vigoriza con el santo consejo.

En estos días cuaresmales, inclínase el pensamiento de los creyentes a ideas de tristezas por lo que atañe a las felicidades posibles en la tierra; a pensamientos de júbilo por lo que se refiere a las definitivas recompensas del bien hallado con la idea de la suprema justicia. Y como si fuesen necesarios ejemplos probatorios y nos fueran ofrecidos por la actualidad, ahí tenemos el caso de un Gran Señor, el Monarca más autoritario y absoluto de cuantos existieron, el que fué Sultán de Marruecos: Muley Hafif. Le destronó Francia. Se le niega el pago de la lista civil asignada. Su familia, perseguida, ha andado por los tugurios de Tánger, como si fuese la del último camellero de las pobres caravanas. Ultimamente el nuevo Sultán, el impuesto por la *Entente*, ha tenido un rasgo piadoso. Ha recluido a la familia de su hermano en un palacio de Rabat. ¿No será ese palacio una prisión?... Y el Sultán Muley Hafif, protesta de la captura de los suyos y denuncia al mundo que no le abonan las pensiones establecidas y recordadas. ¿Veremos al Jerife pidiendo limosna?

PALABRAS DE NUESTRO PADRE BENEDICTO XV

«Alegrémonos... por el propósito... de procurar que la mujer católica, sienta, además del deber de ser honesta, el demostrar-se tal en su manera de vestir. Este propósito expresa la necesidad del buen ejemplo, que ha de dar la mujer católica; y ¡cuán grave es y cuán urgente el deber de rechazar las exageraciones de la moda, que, fruto de corrupción en sus inventores... contribuyen, por desgracia, a la corrupción general de las costumbres.

Sobre este punto hay necesidad de insistir, porque de un lado sabemos que ciertas modas en el vestir de las mujeres son nocivas al bien de la sociedad, como las que provocan a pecado, y, por otra parte, causa maravilla y estupor ver que quien propina el veneno, al parecer desconoce su maléfica acción y quien incendia la casa ignora la fuerza destructora del fuego. Únicamente la hipótesis de tal ignorancia explica la extensión deplorable que ha tomado en nuestros días una moda tan contraria a la modestia, virtud que debiera ser el ornamento más bello de la mujer cristiana; sin esa ignorancia, nos parece imposible que mujer alguna hubiera podido jamás cometer el exceso de usar vestidos indecentes hasta al acercarse al lugar sagrado, hasta al presentarse ante los naturales y más acreditados maestros de la moral cristiana.

¡Con qué satisfacción hemos sabido que las señoras adheridas a la Unión Femenina Católica han escrito en su programa el propósito de mostrarse honestas en la moda de los vestidos! Llevándolo a la práctica, cumplirán con el estrecho deber de no dar escándalo, de no constituir para los demás un obstáculo en el camino de la virtud, y además demostrarán haber comprendido que, habiéndose ensanchado su misión en el mundo, han de dar buen ejemplo, no ya solo dentro de las paredes domésticas, sino también en medio de las calles y de las plazas públicas.



Es tan importante la necesidad de esta consecuencia, que las mujeres católicas están obligadas a reconocerla como deber individual y a la vez social. Nos quisiéramos, por ello, que las señoras... formaran entre sí una liga para combatir las modas indecentes, primeramente en sí mismas, y después en todas aquellas personas o familias a las que puede llegar eficazmente el radio de su influencia. Sería supérfluo decir que una madre digna de tal nombre no debe permitir a sus hijas que sucumban ante las exigencias de una moda peligrosa; pero no será inútil añadir que toda señora, cuanto más elevada sea la posición que ocupa, tiene idéntico estricto deber de no tolerar que quien la visite ose ofender la modestia con su indecente moda en el vestir. Una advertencia dada a tiempo, impediría la renovación de la audaz impertinencia, violadora de los derechos de la hospitalidad bien entendida, y por ventura el eco de la represión, al llegar con oportunidad a los oídos de otras incautas fautoras de modas no honestas, les induciría a no mancharse con tales inconveniencias, análogas a las que la dama prudente hubiese reprobado.

Nos creemos que verán con buenos ojos esta liga los padres y los esposos, los hermanos y todos los parientes de las valientes señoras; en verdad, quisiéramos que la promovieran y favorecieran del mejor modo posible los Pastores sagrados, y aún los sacerdotes todos a quienes incumbe la cura de almas, donde quiera que la moda haya tras-

puesto los confines de la modestia... ¡y en tantos lugares ha ocurrido así! ¡Pero ojalá que Nuestra palabra sea acogida principalmente por vosotras, oh queridísimas hijas, que hoy habéis declarado querer llevar a efecto un verdadero apostolado en medio del mundo!

No se crea que el buen ejemplo sea solo un auxiliar de la obra educadora que directamente compete a la mujer; el valor cristiano engendra el buen ejemplo de la mujer en el viciado ambiente de nuestros tiempos, y enfrente del diluvio de modas indecentes hace más fácil toda la misión de la mujer en medio de la sociedad; por esto el mismo lenguaje vulgar expresa un dictamen del sentido común al decir que la virtud se impone.

JUNTA DE HIJAS DE MARIA

Grande era la expectación que había despertado entre las Congregantes Hijas de María del Sagrado Corazón el anuncio de que en la reunión de Febrero iba a tratarse un asunto de suma importancia e interés, y variados los comentarios de la numerosa concurrencia que llenaba el inmenso salón donde se celebran las Juntas. No tardaron sin embargo en amortiguarse y cesar por completo cuando después de las preces de costumbre la voz algo emocionada, pero reposada y firme de la Madre Directora, empezó a oírse.

Suavemente fué exponiendo el asunto y poco a poco las conversaciones cesaron y el silencio imperó; la religiosa se había apoderado del auditorio. «Dentro de pocos momentos, decía, os serán leídas las palabras que el Santo Padre ha dirigido a las Señoras del Patriciado Romano sobre las exageraciones de la moda y costumbres actuales y ahora mismo os leeré las que algunos días después en audiencia privada repitió a nuestra Reverenda Madre General y Definidoras de nuestro Instituto y que son las siguientes: «He hecho varias advertencias sobre este punto (las modas). Había en la audiencia varias señoras y quise darles a entender el daño que causan con esos trajes inmodestos... aún entre las Señoras que vienen al Vaticano. ¡Qué olvido del pudor!... Si tales libertades se permiten delante del Papa ¿qué harán en otros sitios?

Es de necesidad absoluta volver a las normas de la moral cristiana, completamente olvidadas. ¿Piensan estas mujeres en los pecados que hacen cometer?

Muy culpables son las madres de familia al educar a sus hijas sin la reserva y decoro de otros tiempos.

En cuanto a las Hijas de María como están destinadas, después que salen de los Colegios a brillar en el mundo, a ser esposas y madres de familia, no deben consentir ni en ellas, ni en quien dependa de ellas, nada que pueda herir la delicadeza de sus sentimientos cristianos; de lo contrario sobrevendrán grandes calamidades.

Yo me permito, continuó la madre Directora, recomendaros que no hagáis comentarios; cada una entre dentro de sí y vea qué debe modificar sin preocuparse de lo que hagan las demás. El Papa lo desea, el Papa lo manda; debemos, como Católicas, obedecer. Tampoco el sacrificio que se os pide es tan grande, y yo tengo confianza que aunque lo fuera lo haréis; nunca en nuestras Congregaciones de Hijas de María se ha intentado esto, nunca fué necesario como ahora y yo por eso confío más en vosotras.

Bien preparaban estas palabras a la breve

y fervorosa plática del Padre Director en la que exhortó al sacrificio, si para alguna lo fuera no aceptar la moda en lo que tiene de exagerada y prescindir de algunas de las costumbres que ella trae consigo. Cuanto más grande sea vuestro sacrificio más mérito tendrá a los ojos de Dios a quien se debe servir con *Obras*; para ello tomad el ejemplo de la Virgen Santísima en su Purificación; también sacrificó su honra a los ojos de los hombres sometiéndose sin obligación alguna a la ley.

Así la queja llena de amargura del Vicario de Cristo, orden dulce y severa a la vez, llegó de los ámbitos del Vati-

cano para difundirse entre las Hijas de María del Sagrado Corazón y pasar a las de otros Institutos y a todas las Católicas españolas.

—Recibid estas palabras de S. S. con espíritu justo, con corazón recto, con voluntad generosa.

Luchad con fe y con amor. Como católicas, como españolas, como hijas amantes de nuestra Reina y Madre Inmaculada, y fija la mirada en ella, comprended el deber que os incumbe en trabajar vigorosa y valientemente por desterrar

de la sociedad todo aquello que ofende al pudor y a la dignidad de verdaderas Señoras.





Una de las pintorescas colinas que rodean a Tánger. En primer término, una fábrica española de electricidad.

VIAJES POR EL MARRUECOS ESPAÑOL TÁNGER

Alrededor de algo que flota sobre las aguas en medio de la bahía gaditana, vuelan las gaviotas, esas bonitas aves de blanco plumaje y aguda piada que, planeando serenos vuelos sobre el mar, dan una nota pintoresca y alegre en los puertos. El oleaje mece al vapor *J. J. Sister* que espera como impaciente al pasaje que ha de ir a Tánger, la ciudad sultana del Moghreb.

Desde la cubierta superior del airoso barco contemplamos la alegre *tacita de plata* de Andalucía, como le llaman sus hijos a la ciudad de Cádiz, nombre eúskaro que acusa su prehistórica fundación. La vista juguetea con el cabrilleo que forma el agua y divisa en el fondo de la bahía, el astillero de la Carraca y en sus inmediaciones, abandonado en las arenas de la playa, el casco del submarino Peral, detalle que refleja el carácter de una raza que pródiga de sus grandezas, deja al olvido joyas preciosas labradas con su genio en días brillantes de su historia.

La ancha chimenea del buque arroja densas espirales de humo que el viento extiende en forma de nube oscura hacia Poniente: leva anclas, y dejando a la derecha el puerto de Santa María y Rota,uerce a la izquierda para doblar el faro de San Sebastián, tomando rumbo para el continente vecino.

Ya en alta mar se nota *mar recia* y el buque lleva movimiento de proa a popa combinado a intervalos con el de babor a estribor que produce una sensación extraña sin dejar a los pulmones dilatarse con la libertad precisa al respirar.

La proa, tan pronto húndese, cortando con su filo la masa de agua en la concavidad de enorme remanso como si buscarse las profundidades del abismo; tan pronto, enormes olas sin romper, semejando montañas, que al avanzar serenas con terrible fuerza, parece van a envolver al monstruo, y levantándolo dejan ver el principio de su quilla; otras veces inclinándose bruscamente sobre un costado da tremendo bandazo que hace saltar las verdosas aguas, formando después hermosa crestería de espuma que con su ruido siseante deja al pasar para unirse a la que detrás forman las hélices al atornillarse en las aguas.

El tiempo pasa y el buque, cabeceando, avanza en su ruta, viéndose por un lado la boca del Estrecho de Gibraltar formada por los acantilados de la costa en los dos continentes; al otro, más lejos, se dibuja en el horizonte una línea violácea, ¡es Trafalgar! y la estela que queda sobre las aguas oscuras simula precioso camino por donde el alma corre a depositar una oración que los labios pronuncian elevando la vista a los cielos y parece verse en el espacio, hacia el sitio que recuerda la batalla, la figura augusta de D. Cosme Da-

mián Churrua con su obstinado heroísmo, la frialdad trágica de D. Carlos Gravina, el impetuoso ardor caballeresco de Escaño, y tantos héroes de aquella jornada gloriosa, admiración de propios y extraños, y, allá a lo lejos, la sombra de la negra traición de Villeneuve.

Llegamos ya cerca del Cabo Espartel y de las tomas de Malabata o Torre Blanquillo que cierran por el Este la bahía de Tánger y aparece de pronto la ciudad con la intensa blancura de sus edificios.

El *Sister* fondea en el lugar indicado, viéndose perfectamente la hermosa joya del Atlántico para el musulmán, envuelta entre sus verjeles, que recuerdan los de los cármenes granadinos, con sus palmeras y los alminares de sus mezquitas revestidos con brillantes azulejos, recostada sobre una colina, formando el conjunto como una sonrisa que dirige al viajero que llega por primera vez.

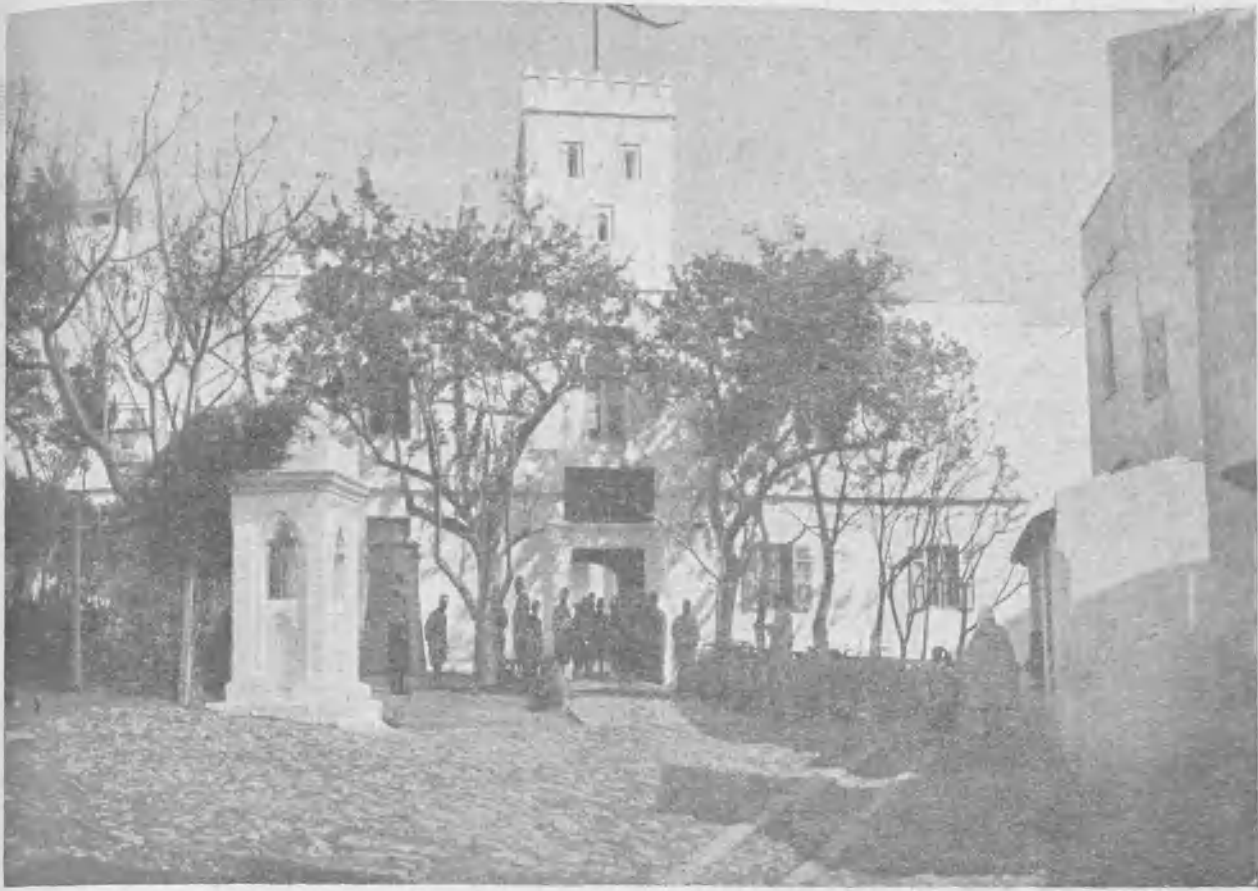
Tánger, el *Tánya* actual del moro; la antigua *Tingis*, variante de *Tinga*, nombre libio que significa *laguna*, acaso por los encharcamientos que produce en sus inmediaciones y las del Tánger antiguo, el río de las Galeras y el de los Judíos cuando sube la marea, quizás con más extensión en la antigüedad.

Los libios parece que fueron los primeros pobladores del Norte de África y origen de la actual raza bereber; pueblo que aliado con los etruscos y otros pueblos mediterráneos combatieron a los egipcios con varia fortuna, poniendo en aprieto algunas veces a sus opulentos y esplendorosos faraones. Por lo que queda expresado, el nombre de esta ciudad y otros datos muy importantes, parecen deducir que su fundación es de origen libio o bereber.

En Tánger se han descubierto también vestigios fenicios y cartagineses, y hoy aún se ven bastantes de la dominación romana en cuya época estaba dividido el Norte de África en dos regiones, separadas por el río Muluva, de las que la occidental, llamada *Mauritania Tingitana*, dependía del Gobierno de la Bética y tenía su capital en Sevilla: fué siempre población muy importante y Claudio le dió el nombre de *Treducta Julia*, y desde entonces fué la capital de la Mauritania Tingitana. La monarquía visigoda extendió su dominación sobre el continente africano fijando la capital en Ceuta.

Por falta de espacio no hemos de detallar las diversas expediciones de los portugueses en el siglo xv, ni la efímera ocupación de los ingleses en la época contemporánea.

Con el nombre de *Tánger el viejo*, se ven al Este del Tánger actual las ruinas de una ciudad antigua, acaso la primitiva población. Como ya hemos indicado, se halla rodeada de



unas colinas cubiertas con exuberante vegetación que le da un aspecto hermoso y alegre. Por sus estrechas y torcidas calles se ve en constante movimiento una abigarrada multitud de diversas razas, siendo la población más cosmopolita de Marruecos.

Una de las curiosidades más atractivas es el Zoco que se verifica en una gran extensión de terreno, cuyo suelo es muy desigual y pendiente: en él se ve un continuo ir y venir atropellándose unos a otros, caballos, burros y camellos cargados; los moros de la ciudad con sus chilabas y elegantes albornoces blancos y azules, y en la cabeza turbante blanco alrededor del *xaxia* o fez rojo, mezclados y confundidos con los bereberes de chilaba parda y corta y destocada la cabeza o cubierta sólo con la capucha de la chilaba; judíos con su repulsivo traje oscuro; moras con la cara tapada envueltas en amplios jaiques blancos y calzadas con babuchas de vivos colores bordadas con oro y plata; mujeres bereberes montañesas cargadas con grandes haces de leña; los aguadores agitando sus campanillas para llamar la atención, y entre los vendedores, charlatanes y los famosos narradores de cuentos, a lo que los moros son muy aficionados, encantadores de serpien-

tes, titiriteros del interior, europeos de distintas nacionalidades, todo lo cual forma un espectáculo tan indescriptible por la variedad de colores y de ambiente, como por lo original y típico, que jamás olvida el europeo que lo ve por vez primera.

Otra de las cosas típicas en Tánger es la entrada a un café moro. Una noche en que la luna alumbraba los rincones y vericuetos de las numerosas callejas que forman la población, en una muy oscura que más bien parecía un túnel por estar techada, nos detuvimos al llegar a una de sus casas de puerta muy baja y entramos; era uno de esos cafetines: entre los artistas había un moro que, dando al semblante un matiz de tristeza, cantaba una canción que es muy popular en Marruecos.

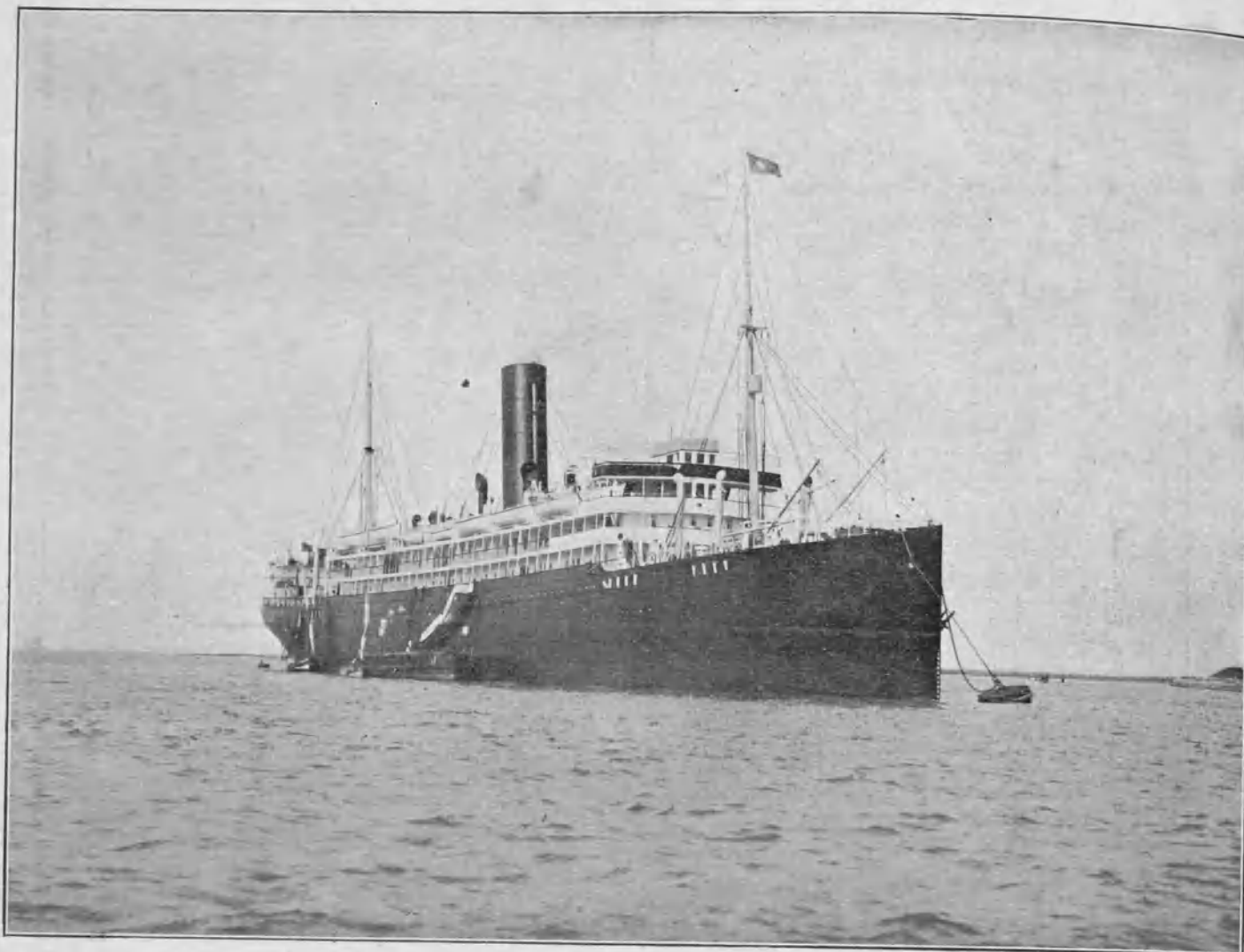
He aquí lector unas cuantas notas de color de las que forman la población que hoy tenemos en litigio. La posesión de Tánger por España es legendaria desde remotísimas edades como hemos visto en el curso de este relato; a más, por su posición topográfica nos pertenece de derecho y seguramente volverá a incorporarse pronto a su antiquísimo patrimonio.

ANGEL MUÑOZ BOSQUE



El río de las Galeras, en las cercanías de Tánger

(Fots. Blanco.)



Servicio de la Compañía Trasatlántica

LINEA DE CUBA MEJICO.—Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Saliendo de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA MEJICO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO PÓO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

LINEA DE BRASIL-PLATA.—Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábricos a New-York, y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y esmerado trato, como lo acreditó en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.



Cavottiere Romano

V. Palmaroli
gorgalig

A Maria,
vizcondesa de Ros.

... "No busques la dicha ansiosa:
Nadie la dicha nos dá:
la dicha es flor misteriosa
que en el corazon reposa
Del que buscándola vá." —

Lo escribí yo, Maria
cuando, abrazado á mi fé,
sin esperanza vivía
de encontrar (pues la encontré)
Un alma igual á la mía.

En el album lo escribí
de una niña... y me arrepiento
pues hoy sé... (y lo sé por mí)
que la engañé en el momento
en que enseñarla creí.

Me si es profunda sentencia,
que no hay dicha en la existencia
cuando no se mira en calma
el cielo de nuestra alma
en el mar de la conciencia,

Podíbase mayor consuelo
si amor el amor inspira,
y, ufanas de un mismo anhelo,
un alma en otra se mira,
como un velo en otro cielo.

Y es venturaura sin par,
en el gozo y el pesar
ver juntas y confundidas
en una vida dos vidas,
como un mar en otro mar.

Desconoci, pues, María,
la mas hermosa verdad
cuando a la niña decía
que sólo en sí encontraría
contento y felicidad.

Negué la mayor ventura
que el alma le debe a Dios: -
¡dejar su cárcel oscura,
¡fundirse en otra alma pura
y hacer una de las dos!

Negué lo que luego ví
que hallaba hoyrals en tí,
- de su honra y amor espejo... -
Negué.... lo que siento en mí
hoy que principio a ser viejo!!

(Porque estoy enamorado
de cierta alma de mujer,
que si la mía se ha juntado...
y si ya no me he casado,
es porque no puede ser.)

Comprendo, por consiguiente,
y alborozado bendigo,
la dicha que tu alma siente
unida tan tiernamente
con el alma de mi amigo.

Comprendo, si, amiga mía,
(ahora verás si soy malo)
con qué inefable alegría
él te llamará » Gonzalo »,
y tú le dirás » Maria ».

Y sé que amantes, serenos,
pasareis de bendición
ochenta años por lo menos,
si tomáis la precaución
de seguir siendo muy buenos.

Madrid 2 de Abril de 1865—

Pedro Ant. de Alarcón

Cantares.

1

Está tu imagen, que admiro.
tan pegada a mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

2.

Mas cerca de mi te siento
cuanto mas huyo de ti,
pues tu imagen es en mi
sombra de mi pensamiento.

3.

Dios, que nos crió a los dos,
podrá haer que yo me muera,
pero haer que no te quiera,
Dios podría... por que es Dios.

4

Por que en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

R. de Campoamor



Gustavo Adolfo Becquer 1865



Dibujo de Valeriano Becquer

Otro album! ¿Qué escrito en él,
si ya agotada y vetusta
solo puede dar escorias
mi vena, un día fecunda?
Aterrado al ver, María,
que un guerrero te inaugura
y otros tres hijos de Marte
te decoran y te escudan,
(para guardarte quizá
de que, con copias insulsas,
de vates encanijados
te invada la turbamulta),
¿cómo en alcázar tan fuerte
penetrar mi humil de Musa?
¿cómo echar su cuarto á espaldas
donde tantos te circundan?
¿cómo si fueses tú una de esas
que, sin diploma ni bulcá
para honrarse con un album,
casa hita le circulan,
pronto del paso se aldria
copiando algo de mi última
comedia, ó sobre mi firma
estampando una cileluya.
Pero, según mis informes,
fuera impenonable culpa
negar directo homenaje
á las prendas que te ilustran.
Si no fueras tú quien eres,
me asaltaría la duda
de que mis justos elogios
tuvieran aire de pullas.
Días ha que de teatros
y de builes y tertulias

7 de Marzo de 1886.

mas de mi grado me apartan
las dolencias que me abruman.
No podria plus tu mérito
testificar en la curia,
porque el honor no he temido
de verte en hablarte nunca.
Digo más: hay en los albums
(este plural me respelurna)
tal plétora de lisongas
por no decir de calumnias,
que tendria algun escriptulo
de seguir la misma ruta,
cum procediendo á la ma
tan autorizadas Nabricas,
pero á mas de una mujer
oigo ensalzar tu hermosura
y tu coindida modestia
y la virtud que te encumbra.
Si las de tu propio sexo
asi, María, te juzgan,
¿cómo esquivar mi cignesencia
á prueba) con inconcusa?
Aunque á mi trémula mano
la ingrata Lira rehusa
el estro, don exclusivo
de la juventud robusta,
accepta indulgente el mio,
mientras el que le tributa
ruega á Dios, que precus sólo
reserva á la edad ca duca
quiera prolongar. María,
por largos años la tuya
y que en todos, como ahora,
te sonria la fortuna

Manuel Bretón
de los Herreros.



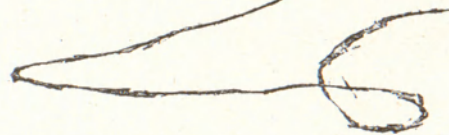
Dicho por donde compilar
en tu debidura mi pluma,
sin que austeros juez me empuje
aprovechando y muestra.

a los treinta años

He aquí el instante, adios, y es despedido
Bella, unos tomas, poesía!
Llego por fin el importuno día,
Mitad de una jornada hacia el olvido.
La juventud con su esplendente ruido
Me dio hasta aquí valor y compañía.
Solo de hoy mas escuchare en mi vida
De la caron el apeso sonido.
¿Adonde voy... mi corazón ya no ama...
¿La amor da a mi espíritu la ciencia...
¿No ahí está el fastidio que me llama
A tejer con estúpida paciencia,
Los sucios hilos de la negra trama
Que en su vandez entuta a la experiencia!

Miguel de los Santos Alvarez

10 Enero 1867



Soy un átomo amante
que voy sonando
por la atmósfera errante,
Doy canto y lloro;
pero mi canto
no se sabe si ^{es} nunca cantar o llanto

¿Quién soy? Lo ignoro. Tengo en mi ser
tinieblas tales, tal confusión
que a un tiempo siento pena y placer,
ánipia y hastío mi corazón.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás deslipo mi condición,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento o una canción.

Misterios deben del alma ser,
pero yo de ellos, en conclusión,
solo averiguo que por doquier
pedazos dejo del corazón.

Yo soy como el arroyo:
Desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota;
que es mi destino

Dejar gotas del alma por mi camino.

J. Zorrilla





A. Gisbert

A María, Landua di Pura. Ravina -

Quando del mundo los engaños miro
Jamás de vos me acuerdo,
Mas, si pienso en el bien, de mi memoria
No estáis nunca muy lejos -

Porque en la luz de nuestros ojos claros
No cabe el fingimiento;
Porque so, Señora, nuestra noble frente
De todo bien espejo -

Y si el dolor también a vos llegase
Nada purgaria acortó
Mi espíritu en el orbe, ni del cielo
Ni el espacio inmenso -

Si no llega, no, y por dicha mía,
Te uso, Señora, eno,
Y en algunas mal uso, no en peligro
De ser llamado necio

Oh bendita la fe, con eso y toda,
Me da a la vida aliento!
Fueron triste aquel que, sospechando, pierde.
La dulce paz del sueño!

Señora, en, al pasar, notais que os sigue
Mi vista con empeño,
Sabed que ando algo increíble y viejo
He en uso para un pecho.

A. Cánovas del Castillo

Agosto de 1872.



Dibujo de Carlos de Haes. — Apunte de Enrique Estevan



ARQUITECTURA ESPAÑOLA MODERNA

LA CASA DE ARGUMOSA

OBRA DE LEONARDO RUCABADO

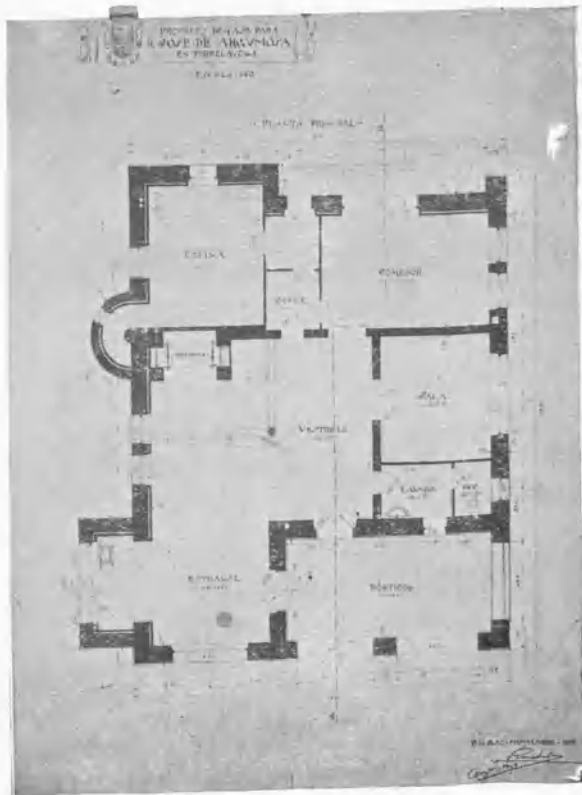
El ciervo, una de las más bellas mansiones de la noble Montaña, es el prototipo del solar moderno. La significación de este hogar trasciende de aquella tierra insigne y altiva que dió solar y cuna a los más peregrinos ingenios de la patria.

Dominando la Vega feraz de los dos ríos cántabros, el Saja y el Besaya, en un cueto serrano, rodeada de cagigas y pinos, se alza la casa montañesa, ideada y compuesta por el mágico genio de Leonardo Rucabado. Desde allí ejerce el doctor Argumosa su apostolado ejemplar, llegando con la caridad de su ciencia hasta el mísero dolor de los campesinos y los mineros. Así continúa la noble tradición de su apellido donde el Arte, el Amor y la Ciencia se vincularon hace muchas generaciones.

Si trasciende la virtud, como un perfume campestre de esta casa peregrina, el Arte se perpetúa en los sillares con vida imperecedera.

España no supo, por triste desventura, sumarse al movimiento arquitectónico de todos los países modernos que buscaron y encontraron el modelo típico de construcción nueva adaptable a

los climas y a las conquistas de la vida actual, el tipo de vivienda sana, cómoda, alegre, que tuviera en cada región un acento indígena, que tuviera en el aire y las líneas los rasgos tradicionales y el porte natural. Por el contrario, se fueron poblando nuestras playas y nuestras colonias de verano con unos absurdos *cottages*, *bungalows* y *villas* que acabaron por formar ese galimatías insoportable, donde los picudos tejados de pizarra ofenden al sol de Mediodía y las abiertas *verandahs* recogen el llanto de las brumas melancólicas de Septentrión. No salvó a la patria de la abyección arquitectónica, servil y estéril, la reacción erudita emprendida por unos cuantos maestros de buena voluntad y equivocado criterio. Su obra de investiga-





ción, falta de filosofía, al caer en las manos de los industriales del Arte dió por resultado esa incoherente repetición, empachosa y amanerada, de cuatro o cinco temas decorativos, siempre los mismos: la crestería del palacio de Monterrey, las rejas de la casa de Pilatos, las portadas del Ayuntamiento de Sevilla y unas cuantas cosas más del plateresco y el barroco. Fueron a buscar los dos estilos menos «domiciliarios», menos amables y acogedores. Ahí quedan para vergüenza de una generación esas casas y esos grandes edificios en los ensanches de Madrid y Barcelona.

Y ahí queda también la peste abrumadora de esos muebles incómodos, ilógicos, que no se sabe porqué han dado en llamar del Renacimiento español.

Mientras tanto, los arquitectos americanos, allá en las selvas del Far West y en las praderas de Nuevo Méjico, con elementos tradicionales españoles, con el aquel encantador estilo hispano-colonial por base, conseguían un tipo de casa de campo y aún de edificio público que debió sonrojar a nuestros arquitectos jóvenes. Y en unos pocos años, España, aceleró el paso merced a la dignidad de unos cuantos, sobresaltada por el atrevimiento desenfrenado de muchos.

Necesitaba la causa un apóstol, paciente y filósofo, peregrino de los campos y las ciudades españoles, estudioso y moderno, que concretara el nuevo tipo de casa, un tipo lógico exacto, que tuviera en cada región un aire propio, que consintiera, sin torturas ni retorcimientos, la consecución más absoluta de las condiciones actuales de higiene y de *confort*.

Necesitaba un hombre que sacrificara todo, hasta la vida joven y regia, para dar a la patria lo que le corresponde «por derecho propio y fuero de heredad». Ese apóstol, ese mártir, fué Leonardo Rucabado, que rindió la existencia prócer cuando había conseguido todos los secretos de las piedras vivas de una España muerta...

El doctor Argumosa comprendió luego que su solar de *El Ciervo*, solo podía alzarlo el genio del arquitecto montañés, que si fué cuidadoso y observador para toda la arquitectura española, para su amada Montaña tuvo fervores enamorados y heroicos.

Así en esta casa ilustre, timbre de la bella ciudad de Torrelavega, el Arte y la Caridad se abrazan como un símbolo.





Un grupo de niños con sus «nurses» en el St. Mary's Nursery College

POR EL BIEN DE ELLOS

PALABRAS DE «VOLUNTAD» @ UNA CARTA DE MRS. BERNARD MOLE, FUNDADORA DEL ST. MARY'S NURSERY COLLEGE @ EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE SANTA MARÍA DEFINE @ EL OBJETO DE ESTA INSTITUCIÓN Y DESCRIBE SU FUNCIONAMIENTO @ @

Si leisteis el artículo anterior, y os interesó el asunto que tan de cerca atañe a las que tenéis hijos, y en general a todos, porque para todos es la infancia objeto de tierna predilección en la vida, no os desagradará que vengamos hoy de nuevo a hablar de la solución que al problema ayer expuesto pudiera darse en breve.

Decíamos que la fundación en España de una escuela o colegio de niñeras, semejante a las de «nurses» que existen en el extranjero, sería una obra utilísima y a la par benéfica para las familias que han menester personas instruidas y prácticas en el difícil cuidado de los niños, y para muchas mujeres de clase modesta que en esta carrera hallarían un nuevo modo de ganarse honradamente el sustento.

VOLUNTAD, que supo adivinar la conveniencia suma de esta obra en los actuales tiempos, ha querido, fiel a sus ideales de perseguir constantemente los medios que al bien de la sociedad y de la mujer muy especialmente, interesan, ofreceros más ampliamente expuesto el proyecto de esa fundación que anhela ver realizada en España.

A este fin entabló correspondencia con Mrs. Bernard Mole, ilustre fundadora de la Escuela Católica de «nurses» de Saint Mary's Hampstead en Londres, y con el Director de ella Dr. Bransby Ynle.

El artículo de este, en el que se detallan el funcionamiento y organización del Colegio, es el mejor elogio que de la Escuela de Saint Mary puede hacerse y ofrece a los que nos interesamos en la obra un cuadro tentador, digno de ser estudiado a fondo.

En cuanto a la carta de Mrs. Bernard Mole, que junto con el artículo del Dr. Bransby Ynle se inserta en este número de nuestra Revista, bien claramente revela a través de la modestia que sella los labios de la fundado-

ra, el entusiasmo y la simpatía con que acoge el proyecto de VOLUNTAD, y que la impulsan a ofrecer su ayuda en esta obra educadora para la mujer e importantísima para el niño, que juzga muy acertadamente ser digna del más decidido apoyo.

Cuanto antes, porque es urgente la necesidad que de ella tenemos, y porque los beneficios que ha de proporcionar no son una esperanza o una promesa vaga, sino realidades que hemos de tocar en seguida.

Y para ello, que todos los que sienten el noble estímulo de la generosidad, los que desean patrocinar las obras del bien allá donde se presenta ocasión de ello, ayudando a los débiles y coadyuvando al mejoramiento de las futuras generaciones; que estos nos oigan y vengán una vez más a poner al servicio de la empresa iniciada su poderosa ayuda material que en beneficio tan grande ha de emplearse.

Que las que tienen hijos o nietos o hermanillos sobre quienes velar nos oigan también y nos comprendan para que nos den la cooperación moral de su entusiasmo y de sus iniciativas, no menos necesaria que la ayuda material para el feliz éxito de la obra.

Que llegue nuestra voz hasta el corazón magnánimo, exquisitamente maternal de la que junto a la cuna de sus angelicales hijos cumple su alta misión con infinita ternura y sabe interesarse siempre por el bien de la infancia y por la prosperidad de la nación amada.

He aquí iniciado el proyecto, señalado el camino, indicados los medios, que mediante el esfuerzo y la generosidad de todos nos llevarían a la realización de nuestro sueño. ¿Lo conseguiremos?

VOLUNTAD aguarda confiada la respuesta de la mujer española.

Lyceum Club

138 Piccadilly

Dec 14th 1919 London W

I have been asked by an
old student, Mrs. Trelawny
from St. Mary's Nursery College
to write an account of the
work

Being its founder I feel a
little diffident & accordingly
the Doctor who from its
beginning acted as
Medical Advisor has
written the following

I appreciate the honour of the
proposed publication in the
beautiful new magazine
the 'Voluntad'

I should try readers with a
similar to Nursery College
started earlier in Madrid or
Lima. I volunteer my
services for the organization

There is no more important
study than Mothercraft.

Lyceum Club 138, Piccadilly.

London, 10 December 1919

Me ha pedido Mrs. Trelawny, antigua alumna del Colegio de niñas de Santa María, que escriba una información sobre dicha obra.

Por el hecho de ser yo misma su fundadora, desconfío de hacer debidamente dicha reseña, de lo cual, por consiguiente, se encarga el Doctor, director o consultor

Una carta de Mrs. Bernard Mole, fundadora del Colegio de Santa María

médico del establecimiento desde sus principios, y adjunta se remite.

Agradezco y estimo el honor que se nos hace al publicarla en la nueva y hermosa revista VOLUNTAD, como nos proponen.

En el caso que la Directora intentara el establecimiento en Madrid o en América de un Colegio de niñas semejante, ofrezco desde luego, con mucho gusto, mis servicios para la organización.

The training of Nursery Nurses

A Profession for Gentlemen

BY

Bransby Yule, M. R. C. S., L. R. C. P.,



THE LAST FEW YEARS HAVE seen great changes in the rearing and management of infants and children and the new movement for the training of Nursery Nurses is calculated to have far-reaching effects for good on the present and future generations. Parents are realising more and more the im-

mense importance of having their children placed under the charge of a well-trained kind and sympathetic nurse. The modern system of training girls for the important duties in the Nursery is the outcome of the study of the best that science can teach and experience suggest. To a girl who is fond of children and who wishes to become one of the world's efficiently trained workers the profession of Nursery Nurse offers great attractions and opens up for her a field of usefulness hardly dreamt of a short time back.

St. Mary's Nursery College, Hampstead, where a thorough training in this respect is given, was founded five years ago by Mrs. Bernard Mole with the object of supplying a great and increasing demand for properly trained children's nurses, and it is to her splendid powers of organisation and untiring energy and zeal that the present success of the College is due. This success has demonstrated in a very practical fashion the need for such an Institution.

The course of training extends over twenty-six weeks and this comprises lectures, demonstrations, and tuition in the various branches of practical work. Candidates must be between 18 and 40 years of age and the greatest care is taken to secure only those of good moral character. The fee for the whole course of training is thirty-six guineas but under certain conditions that sum may be paid by instalments. The routine of instructions is arranged in the following way:—The students are divided into two sections «A» and «B». Every student begins as a «B». For the first few weeks she is instructed under qualified teachers in Domestic Economy, Elementary Physiology, First Aid, Nursery Hygiene, Baby Laundry, Cookery, and Needlework. A special point is made of the cutting out and making of children's clothes, knitting and mending. She also receives instruc-

tion in the technique of the sterilisation of milk and the proper method of cleansing of all bottles and milk receptacles. After she has passed through this stage the Embryo Nurse becomes an «A» and as such has the care under direct supervision of an experienced trained nurse of one young baby, and the routine observed is that which would be followed in any ordinary private house: bathing the baby in the morning, preparing and giving him his food, taking him out and seeing that he has proper sleep in the course of the day. The only difference made is in the case of the night, for whereas in a private house the nurse would have her little charge in her own room; in the College the plan adopted, and which by experience is found to work the best, is that all the babies under twelve months old are given into the care of one special night nurse, who attends to all their little wants. *Pari passu* with her practical work the

student has to attend lectures, given at stated intervals, dealing with the theory of nursing and the underlying principles on which her practical work has been based.

On Mondays each of the babies in the Junior Nursery is carefully weighed and the weight duly recorded on a special chart. This affords valuable

information regarding the progress of each child. To the Nursery Sister is given the important duty of keeping written up day by day the «Nursery Book». In this book is written a day report and a night report of each child and baby in the College. Above each cot is placed a card. This card besides giving information respecting the name, age, and date of admission of the little occupant, gives in precise detail the various items to be carefully observed and carried out in its feeding. By these means an accurate record of any child or baby in the College, either resident at the present or having been resident in the past, is always ready at hand.

At the end of the six months' course the Student goes in for the examination in theoretical knowledge. If she passes this and has already obtained above a certain minimum of marks in her practical work, she receives her Certificate. The marks in the practical work are awarded by the respective teachers; the examination in theoretical knowledge is held by the Medical Officer. Those who have done very well are awarded their Certificates at once, those who have not done quite so well have

El Director del Colegio de Santa María define el objeto de esta Institución, y describe su funcionamiento

their Certificates withheld 1, 2, or 3 months as the case may be, and they are then only given after the Principal of the College has received from the Nurse's Employer a satisfactory report of the Nurse's work during the stated period. The system of marks thus instituted has become the means of engendering a healthy spirit of emulation amongst the students and it is almost needless to say that the Certificates are eagerly sought after and very much valued by them.

The Nurseries are ideally dainty and hygienic, the Junior Nursery, a large bright sunny room, contains the long-clothes babies and other infants up to the age of twelve months. The Senior Nursery is equally bright and airy, and in this room are those above that age and ranging up to four and five years. There is ample playing room for the children who for the most part are the little sons and daughters of those whose profession renders it necessary for them to leave their children to the care of others. Sometimes the health of the mother makes it imperative that the child shall be tended elsewhere for a time. Parents going to India are often obliged to leave their little ones behind in England or risk their young lives by taking them to an unsuitable climate. Singers and actresses who do not happen to be blessed with a permanent home or obliging relatives are often bewildered in trying to find a suitable place for their

children. To all such the Nursery College forms a welcome home and is a solution of their difficulties.

The minimum salary of £25 has been fixed for all nurses sent out from the College, while if the post is abroad the minimum is £30 and all travelling expenses. Salaries range from £25 to £80. Positions in India and China average about £50 to £60; on the Continent about £40. In America the salary offered is sometimes as much as £80. The College upholds its students in every way possible, and to her splendid powers of organisation and initiative Mrs. Bernard Mole adds a very real kindness and thoughtfulness for the welfare of her pupils.

Students who have completed their course satisfactorily and have obtained their Certificates are practically certain of employment. Ms. Bernard Mole is at present overwhelmed with applications for Lady Nurses and she is quite unable to supply anything like a sufficient number to meet the demand.

Finally I would add that Parents are now realising more than they have done in the past the immense importance of placing their children during their tender age under the care of those who, combined with kindness of disposition and fondness of children, have a real practical knowledge of their work, only to be gained by experience and careful training.



ARTE DE CUIDAR A LOS NIÑOS

EL COLEGIO DE ST. MARY'S HAMPSTEAD, EN LONDRES

Mucho se ha progresado, durante estos últimos años en el arte de criar y cuidar a los niños. Los padres comprenden, mejor cada día, la importancia capital que tiene la elección de aquella persona a quien, por completo, han de confiar sus hijos. Y en consecuencia, se ha convertido la profesión de «Nurses», o de aya de niños, en una verdadera carrera pedagógica, enseñada con métodos nuevos, y compuesta de conocimientos muy variados, elegidos y agrupados merced a un detenido estudio del problema.

Uno de los Colegios en donde esta enseñanza ha llegado a mayor perfección, es el de St. Mary's Hampstead, en Londres. Fundado hace cinco años por Mrs. Bernard Mole, y dirigido con celo y energía infatigables, ha alcanzado un éxito sin precedente, y hacia él se dirigen, de preferencia, todas las jóvenes a quienes una sincera vocación inclina hacia este oficio de «Nurse».

El curso de enseñanza es de veintiséis semanas, y comprende la teoría y la práctica de las distintas asignaturas.

Las aspirantes han de tener de diez y ocho a cuarenta años, y se observa con el mayor cuidado si reúnen las condiciones indispensables de buen carácter y de moralidad.

El precio del curso completo es de 35 guineas, y en algunos casos esta suma puede pagarse a plazos.

El plan de instrucción está distribuido del siguiente modo: Las alumnas se dividen en dos grupos A. B. Las alumnas

principiantes forman el grupo B. Durante las primeras semanas aprenden, con autorizadas Profesoras, Economía doméstica, Fisiología elemental, Primeros cuidados, Higiene, lavado de ropa de niños, Cocina y Labor de aguja. También se les enseña el corte y la confección de ropitas de niño y el repaso o arreglo de las mismas, así como los procedimientos de esterilización de la leche y de limpieza de biberones y demás recipientes.

Cuando termina esta primera enseñanza, la alumna pasa al grupo A., y bajo la dirección de una «Nurse» competente tiene a su cuidado un bebé.

Con él sigue el sistema que observaría en una casa particular: bañarle por la mañana, preparar y darle su alimento; sacarle a paseo; procurar que tenga sus

debidas horas de sueño tranquilo, etc. La única diferencia que existe entre el aprendizaje y el ejercicio de la profesión es que, de noche, la encargada del niño no le tiene en su misma habitación, ya que de acuerdo con el plan adoptado en el Colegio, y que por experiencia se considera más conveniente, todos los bebés menores de un año están, durante la noche, bajo el cuidado de una «Nurse» especial.

Los lunes se pesa a cada bebé en el departamento de menores, y se anota cuidadosamente el resultado de cada peso, sirviendo la comparación de las cifras sucesivas para apreciar el progreso realizado por cada criatura.

Por otro lado la encargada de dicho departamento de me-

Traducción del artículo enviado a VOLUNTAD por el Director del Colegio de Santa María

nores tiene el deber de llevar al día un libro memoria de esta sección, en el que se anota el informe de la jornada (día y noche) de cada niño domiciliado en el Colegio.

A la cabecera de cada camita se cuelga un cuaderno de notas, en el cual, a más de consignarse el nombre, la edad y la fecha de admisión del niño, se indica el régimen que ha de seguirse para su alimentación.

Al terminar los seis primeros meses de curso, la alumna sufre un examen de conocimientos teóricos. Si sale con buen éxito de esta prueba y cuenta, previamente, con el debido número de buenas notas que acreditan su capacidad para el trabajo práctico, recibe el certificado que ha de facultarla para el ejercicio de su profesión.

Las notas acerca del trabajo práctico las conceden las respectivas Profesoras. Los exámenes sobre conocimientos teóricos los preside el médico oficial.

Las «Nurses» que logran un examen brillante reciben su Certificado inmediatamente: en cambio aquellas cuyos ejercicios no pasan de medianos, siguen en el Colegio hasta que la Directora recibe informe completamente satisfactorio acerca de su estado de preparación.

Este sistema de notas aplicado a la enseñanza práctica, da lugar a estímulo entre las alumnas, e influye poderosa y favorablemente en su esfuerzo y en su aplicación.

Los pabellones de los niños están dispuestos con arreglo a los preceptos de la higiene, sin por ello carecer de buen gusto. Las habitaciones de los menores son grandes y soleadas, y contienen en armarios especiales, las ropas que han de utilizar los bebés hasta que cumplan los doce meses. Las habitaciones de los mayorcitos son igualmente alegres y aireadas, y corresponden a los niños cuya edad está comprendida entre los doce meses cumplidos y los cuatro o cinco años. El pabellón de mayorcitos cuenta con una hermosa sala de recreo.

En su mayoría los niños son hijos de trabajadores que por su profesión y ocupaciones tienen que dejar a sus pequeñuelos al cuidado de otras personas. Algunas veces el mal es-

tado de salud de las madres hace necesario que los niños permanezcan lejos de ellas durante algún tiempo. Otros niños pertenecen a gentes que obligadas a hacer viajes a la India o a otros puntos del Imperio se ven obligadas a dejar sus hijos en Inglaterra para no exponerlos a los rigores de climas poco favorables. Y en fin, hay muchos artistas que privados de un hogar permanente, se hallan, a veces, perplejos por no poder llevar consigo a sus hijos. Para todas estas personas el colegio de St. Mary's Hampstead ofrece la mejor solución de tan grave problema.

El menor sueldo que perciben las «Nurses» educadas en esta escuela profesional es de 25 libras, y si la colocación es para el extranjero, 30 libras además de todos los gastos de viaje pagados. En general, los sueldos oscilan entre 25 y 80 libras: si las colocaciones son para la India o para China, se pagan con 50 o 60 libras; en el Continente, el promedio de sueldo es de 40 libras; en América el sueldo ofrecido llega con frecuencia a 80 libras.

El Colegio ayuda a sus alumnas con todos los medios que están a su alcance, y a su talento de organización, y a su brillante iniciativa Mrs. Bernard Mole añade un verdadero cariño y una constante solicitud hacia sus discípulas. Aquellas que, entre estas, han completado sus cursos satisfactoriamente y han obtenido sus Certificados en buenas condiciones, están seguras siempre de encontrar colocación. Mrs. Bernard Mole recibe tal cantidad de peticiones de «Nurses» que no puede atender a todas ellas, viéndose obligada a someter esta demanda de su personal a una escrupulosa selección.

Esto se comprende fácilmente con solo pensar en la importancia que para los padres tiene el poder confiar sus hijos a una persona apta para los delicadísimos cuidados que requieren los pequeños, y además, dotada de un perfecto conocimiento práctico de tales cuidados, conocimiento que sólo se logra a fuerza de experiencia y de entrenamiento paciente y minucioso.





HISTORIA DE UN JILGUERO

—¡Papá, papá! Mira qué pajarito; mira que chiquitín y como pía. Yo lo quiero meter en una jaula.

El niño había encontrado al pajarito en el suelo, al pie de una encina y corrió hacia su padre gritando lo que acabáis de oír.

Su padre le acarició y luego le dijo:

—Este pajarito es un jilguero que apenas tendrá los siete días: Mirale, sin plumas aún y que sólo tiene para abrigo esa pelusilla amarillenta, que de nada le sirve si no le cobija su madre con sus alas. Mirale el piquito qué tierno: no podría sujetar con él un mosquito. ¿Porqué no le llevas, con su madre, al nido, que, de seguro, está en la encina a cuyo pie le encontraste?

El niño puso una carita de pesadumbre que daba compasión, ante la idea de desprenderse de su querido pajarito, al cual guarecía con sus manecitas, extremando el cuidado.

—Bueno hombre, no te apures —le dijo su padre—, guárdalo para tí; pero ten cuidado en ver como le cuidas, como has de darle calor, tan bueno y tan suave como el de su madre y como le has de alimentar, porque si tú no haces estas cosas tan bien como una jilguera el pajarito se te morirá.

—¡No se muere, no se muere; yo le cuidaré! —decía el niño brincando de gozo.

—Está bien —le contestó su padre...; pero ya debes darle algo de comer, porque llevaría mucho rato en el suelo cuando tú le encontraste, y tendrá hambre. Anda, ¿qué le vas a dar?

—Miguitas de pan —contestó el niño.

—No, las miguitas de pan se le atragantan, no puede pasarlas; a mí, de pequeño, se me murieron los jilgueros que intenté alimentar con migas de pan.

—Entonces, la daré trigo.

—No, es un grano muy grande para un pájaro tan pequeño. Los jilgueros no comen trigo, ni cuando son grandes.

El niño se iba poniendo serio ante estas dificultades, cuando de pronto gritó, con gran bulla y alegría:

—¡Ya sé, ya sé! ¡Alpiste! Esto sí lo comerá; yo lo he visto comer a un jilguero que tiene en el pueblo el zapatero de la esquina.

—Sí, pero es un jilguero grande —le dice su padre—, un jilguero con su madroño en la cabeza y un pico duro y afilado

que monda el grano de alpiste con una gracia encantadora. A los jilgueros pequeños les dan sus padres mosquitos y orugas diminutas.

Siguieron el paseo por el magnífico encinar. El padre hablaba al niño de cosas ajenas a su pajarito y el niño no pensaba sino en los riesgos que pudiera correr su jilguero, y que su padre le había dejado entrever.

En esto cruzan un arroyo donde crecen juncias y poleos, y sabido es que en estos sitios y sobre estas yerbas revolotean, a la caída de la tarde, cuya es la hora, un enjambre de pequetísimos mosquitos. El niño extiende el brazo cerrando la mano con rapidez y en ella, pegados al sudorcillo provocado por el cuerpo de su jilguero, encontró hasta diez o doce mosquitos que se dispuso a dar al pajarín.

El padre observaba atento y sonriente la solicitud de su hijo para con el pajarito. Primero lo vió radiante de gozo al encontrar la comida predilecta; luego, inquieto, al ver que el pajarito no comía lo que él le presentaba; más tarde, apenado porque eran inútiles los esfuerzos para hacerle tragar ni un sólo mosquito y, al fin, preñados de lágrimas los azules ojos, que miran al padre como pidiéndole una explicación del porqué no comía su jilguerito.

Y el padre, sonriendo cariñoso, le dijo:

—Tu jilguerillo es tan pequeño que de seguro estará malo sin los cuidados de su madre, porque has de saber que los tuyos le mortifican: es tan pequetito y tan tierno que el peso de un dedito tuyo es para él como para tí el del tronco de una encina si te lo pusieran, con mucho cuidado, sobre el cuerpo... ¿Tú no has visto los potritos como juegan con sus madres las yeguas? Pues sí a ti te diera una yegua una de esas pataditas que dan a sus hijos para jugar te mataba. Tú has visto también como las vacas lamen a sus hijos y como se estremecen de gusto los terneros. Pues acuérdate de aquel día en que te pasó un poquito, nada más que un poquito, la lengua por la mano la vaca romera... te saltó la sangre y te dolió mucho... Pues eso le pasa al jilguerito con tus caricias, ¿cómo quieres que coma?

Al niño le rodaron las lágrimas, pensando en que su pajarito se moría.

—¿Lo ves? —dijo su padre— mira qué pena si se muriese; pero no se ha de morir, porque ahora lo llevamos al nido y cuando sea grande cruzará ante tu vista por el azul del cielo, cantará para alegrarte, cuando tú vengas al encinar.

Volvieron. El padre levantó al niño en sus brazos quien, ante el susto de la jilguera que voló, puso al pajarito en su nido, entre sus hermanos que piaron.

La encina del nido estaba cerca del caserío, al cual se fué el padre. El niño se quedó al pie de la encina y vio que la jilguera volvía y piaba muy contenta. Se paró a escuchar y oyó lo que sigue:

—¡Indino! ¡indino!... ¡bien empleado te está y allí debieron dejarte para que murieras de hambre y frío!... Por supuesto, no se como ahora mismo no te malo ¡renacuajo! que no sabes el susto que me has dado. Y la jilguera en tanto que esto decía hurgaba con su pico al jilguerillo, como castigo según pregonaban sus palabras; pero, en realidad, lo que hacía era besarle y reconocerle por si se había herido al caer. El niño lo entendió de este modo, pues la escuchó claramente decir: —¡Bendita sea la mano que te ha devuelto!

Los otros cuatro jilgueros de la nidada reían de su hermanito que se arrebujó en un extremo y los miraba despectivamente; pues no en vano él había salido ya del nido, siquiera fuese en forma tan poco recomendable; es, a saber, que mientras su madre fué a una rama próxima a rogar una oruga, él que era travieso, apostó con sus hermanos a que era capaz de saltar a la rama cercana y, en efecto, subió al borde del nido... y cayó al suelo.

La jilguera puso en orden la pollería dando aletazos en las burlonas cabecitas y luego, dirigiéndose al revoltoso añadió:

—Tú, castigado por el atrevimiento, por cada dos orugas que coman tus hermanos, comerás una sola.

El jilguerillo contestó:

—No me importa que me quites una oruga ¡mira qué regalo!

La madre se puso muy seria y dijo a su hijo: Tú, hijo mío, eres un poco atrevido. ¡Ay! ¡Siento que te pareces mucho a tu pobre tío!

Los jilgueritos preguntaron quien era ese tío y cuales sus milagros y la jilguera decidió contar la historia:

—Éramos dos hermanos —dijo la jilguera—, pues el Cuculillo se comió tres de los cinco huevos que puso mi madre y en su lugar dejó uno suyo. ¡Pobre madre mía cómo se vió para sacarnos adelante, al lado de aquel enorme pajarraco que salió del huevo del Cuculillo, y que era el que se tragaba toda la comida!

—Cuenta eso, cuenta eso—dijeron a coro los jilgueros.

Y la madre replicó:

—Otro día os contaré las malas costumbres del Cuculillo, aborrecido pájaro, que ahora continúa con la historia comenzada.

—Vuestro tío y yo éramos grandecitos, cuando cayó, en un día de fiesta, en las redes de un zapatero.

Le lloramos mucho y, cuando a la primavera siguiente, pensábamos mi madre y yo irnos, en compañía de nuestros esposos, a otras tierras que no nos apenasen con tantos recuerdos del perdido, ved aquí que él aparece volando sobre el encinar.

Venia desconocido: el madroño, pálido; las patitas, sercias y con unas escamas que daba pena; las plumas de las alas y la cola destrozadas del roce con los alambres de la jaula...

Nosotros le abrazamos llorando de alegría. Los vecinos le miraban contentos, porque había vuelto; con pena, por su estado y le preguntaban por su vida.

El les empezó a contar maravillas de la vida en las jaulas y tantas cosas dijo, que un jilguero de muchos años, y que debía saber lo que era una jaula, le replicó: «¿Entonces por qué no te has quedado por allá?» Vuestro tío armó por esto una pelea de la que Dios es libre.

Los pobres jilgueros del encinar le visitaban y le daban consejos para que se repusiera y él les llamó *estúpidos* (esta palabra y otras por el estilo las aprendió vuestro tío en su encierro; yo las repito ahora, pero no me preguntéis, porque no sé lo que significan) les dijo que si él cayó en la red fué porque quiso y le entró gana de conocer la vida de los hombres, y prueba de ello, añadía, es que «en el momento que quise me escapé».

Yo que ví lo de la red y como mentía en ello, no me creí la segunda parte, que luego me explicó mi madre diciéndome, como los zapateros, menos mal, suelen tener hijos que de pequeños y jugando, abren alguna vez las puertas de las jaulas.

Añadid a lo que llevo dicho, que vuestro tío había vuelto con un genio muy raro: Cuando todos, en bandada, piando alegres y bañados por el sol, caíamos sobre un cardo a picar la sabrosísima semilla, él se quedaba aparte y nos decía *soeces* y *ordinarios* por nuestro cantar *sin tino* sobre el cardo,

alimento de burros, según decía, el animal más *bajo* y más *servil* de la creación, según palabras de vuestro tío; porque yo no entiendo en achaques de burros, si en cardos y os digo que es planta bendita de Dios, como lo probaréis cuando tengáis fuerzas para volar y os lleve a que os hagáis un racimo sobre la flor morada.

Renegaba de las orugas porque eran torpes (¡ay! si fuesen más listas que nosotros no las cogéramos), vivían amontonadas y no mostraban ansias de *ensanchar su vida*.

Sobre las encinas, las benditas encinas, en las que colgamos nuestros nidos, le oí más de dos pláticas, porque un tan gran árbol y tan noble daba un fruto mezquino; parecer que no compartían los perezosos cerdos.

Estas cosas le acarreaban enemistades y, principalmente, con ellas se amargaba la vida. ¡Pobres, no gozaba una mañana de sol, cuando, salpicados de rocío, ahuecamos las plumas en la rama más alta de la encina, respirando el aire fresco y puro, que huele a tomillo, a mejorana y a romeros en flor... Esas horas felices cual ningunas, en las que volamos por encima de los encinares y de las más altas olmedas ¡Ay mis hijitos! veréis qué placer es el volar, bajo el calor del sol, bañando el cuerpo en sus rayos de oro.

—*Pii, pii*—dijeron a coro los cinco jilgueritos y la madre cayó en la cuenta de que sus hijos eran pequeños para entretenerles con digresiones como la que acababa de hacer; les perdonó su impaciencia en gracia a su poca edad y continuó:

—Un día, tuvo una tremenda disputa con un mochuelo, que se guaracía en el hueco de un tronco de una encina muy vieja, porque el mochuelo renegaba de la luz del sol y bendecía la oscuridad de la noche. Vuestro tío le contradijo con malas formas, la cosa se puso fea y mal lo pasara mi hermano, si no llega a tiempo una comadreja que amenazó a los contendientes, sino guardaban silencio, mientras ella dormía una siestecita en el horcajo que una gruesa rama, formaba con el tronco de la encina.

Se iba al tejado del cortijo y allí la armaba con los gorriones, porque eran pardos, y con los pavos reales, porque tenían muchos colores.

Las ranas ¡oh! las ranas le ponían fuera de sí: les decía *saquitos de pus* (yo no sé lo que es esto, ni creo lo sepa ningún pájaro, sino el buitre, que ya casi no es pájaro) y lo que más le enfurecía era que se acostasen cuando él iba brincando tranquilo por la orilla del arroyo, sobre la arena fina y soleada y que se zambulliesen al agua con ese ruido: *clofch*, enseñando deshonestas, al saltar, la blancuzca entrepierna, entre sus piernas de ciclistas. *chiri, piri chiri*, —rió la jilguera y añadió: —esto de las ranas tiene gracia, ¿no habéis visto al niño o mayor del cortijo montado en bicicleta?...

En fin, mi pobre hermano, dió en la manía de pedir a todo una cosa distinta de la que podía dar, según decía mi madre: no miraba los colores preciosos de las plumas de la abubilla y la oía queriendo que oliera a miel como las campanitas, en lugar de a carne podrida... Os digo que con estas rarezas perdió los amigos y vivió siempre disgustado.

Un día se empeñó en que el agua de una gran charca le sostuviese para dar un paseo por cima de ella. La abuela le dijo que el agua, para un jilguero, no sirve para eso, sino para beber, bañarse, donde no esté profunda, y mirar como se reflejan en ella, el sol, el cielo y los árboles que crezcan en la orilla. El siguió en su empeño y se lanzó a la laguna abriendo las alas. El agua le sostuvo un momento; pero las plumas se le mojaron y cuando quiso arrepentirse y huir ya no pudo volar y murió ahogado, con las plumitas pegadas al cuerpo, entre el cieno del fondo de la laguna, entre las ranas ¡horrible muerte para un jilguero!

La jilguera se calló. Los polluelos piaron y se recogieron bajo sus alas; ella los acarició, cosquilleándoles con su pico.

Y el niño fué al cortijo y contó a su padre la historia que había oído a la jilguera, desde el pie de la encina.

El hermanito mayor, el de la bicicleta, se rió:

—Los pájaros no hablan—dijo.

—¿Que no hablan? —repuso el padre—sí que hablan y lo que dice tu hermano es verdad que ha sucedido.—Y, luego, dirigiéndose a otros dos más pequeños que le miraban con ojitos preguntones añadió:

—Vuestro hermano mayor, no es que no crea que los pajaritos no hablan con los niños y para que los niños los oigan, lo que pasa es que él no los ha oído y tiene envidia de su hermano que los ha escuchado; por esto, hasta que no se cure de esa envidia, él no los oirá; pero vosotros escuchad, id siempre al campo con mucha carñita para los pajaritos y con mucha atención y veréis como es verdad que los pajaritos hablan.—ANTONIO PORRAS

PARA MALES DE ESTOMAGO E INTESTINOS

GASTROL

MIRET

PROBARLO ES CURARSE

Natalio Miret - farmacéutico

Diputación, 205. Barcelona



DE VENTA EN TODAS PARTES

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 - MADRID

Es el mejor sustitutivo del café



Malta ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia

De venta en todos los establecimientos

Manuel García

FABRICANTE

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

REJERÍA Y APARATOS DE LUZ

HIERROS DE ARTE JULIO PASCUAL TOLEDO

FORJA Y CINCELADO

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS

CENTRO NATURISTA "VIGOR" FABRICA Y ALMACENES Calle Masini, 90 (S) DE SPAIN DE SPAIN

DEL ESTOMAGO VIENTRE DIABÉTICOS OBESOS ANEMICOS TUBERCULOSOS NEURASTENICOS ALBUMINURICOS, etc.

Quesos = Mantecas = Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678



J. M. Maumejean, H^{nos}

Vidrieras artísticas

Mosaicos venecianos

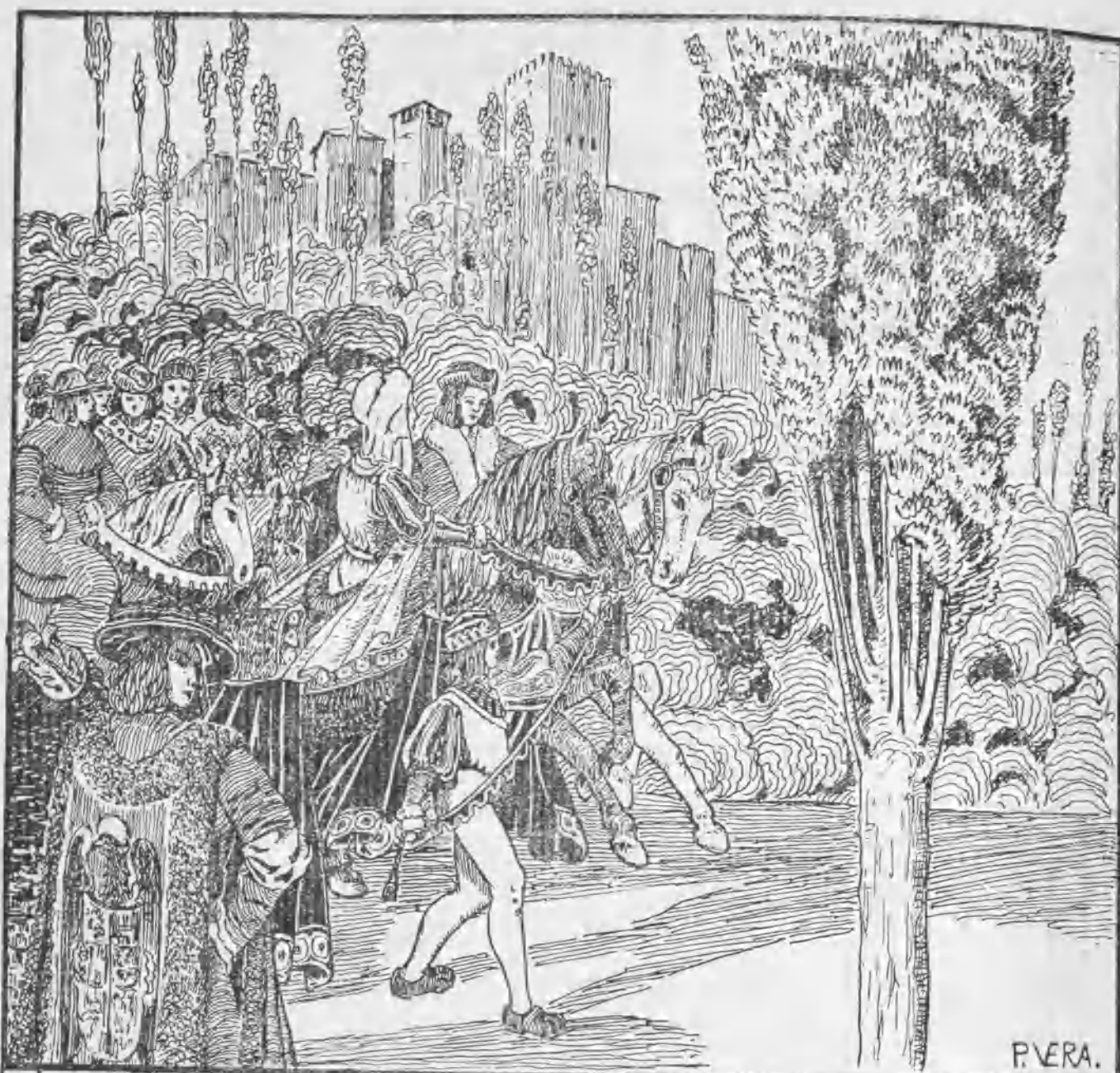
Fábricas: MADRID y SAN SEBASTIAN

Paseo de la Castellana, núm. 64 MADRID



ARTISTAS ESPAÑOLES
J. DRUDIS BIADA

Una montañesa



En la Capilla Real de Granada el día de la "Toma".



LA CAPILLA REAL ES en Granada la nota más honda y grave de castellanismo. Y el día 2 de Enero, al hacerse solemnemente memoria de la «toma de Granada» en la Capilla Real, el sepulcro magnífico de los señores Reyes Católicos, se remozza el sentido de una maternidad castellana.

El arte, que es la vida, puso en esta Capilla Real, esfumando líneas y borrando amorosamente rasgos, las señales de un nuevo, vigoroso aleteo de arquitectura española; y dejó en las nervaduras y en las cresterías y en toda la decoración un aire isabelino,

aire nuestro muy español. En lo sagrado de los recuerdos espíritu vivificante, en los retablos y en los sepulcros, en la traza de aquellas influencias renacientes que vinieron de fuera y que aquí moldeamos fundiéndolas en ambiente nacional, puso el arte vida interior fecunda y fuerte de españolismo.

Están en el crucero de la Capilla real de Granada, pasada la soberbia verja repujada, con remate de iconostasis, trabajo del maestro Bartolomé, los monumentos sepulcrales de Don Fernando y Doña Isabel, de Don Felipe y Doña Juana, dando cara al retablo del Borgoñón.

No es hora de catalogar ni hacer valoraciones artísticas; pero por otros motivos de atención absorbida hay que olvidarse del sepulcro de la sin igual Doña Juana «la loca» con su consorte Don Felipe.

Está la tumba labrada de los Reyes Católicos para perpetuidad de su última voluntad como fundadores en el transepto de la Capilla; levantado el túmulo de mármol en un

clinación tradicional de pirámide en sus lados talló delicadamente Pancelli medallones, los santos protectores de los Reyes, símbolos de religiosos temas, y en los ángulos esquinados por vigilantes grifos, gallardamente maestros los doctores de la Iglesia.

Sobre el plano alto yacentes, apegadas, dormidas las soberanas figuras del Rey y de la Reina cuyas cabezas atinadamente expresivas reposan y ahondan sobre almohadones recamados, más hundida la de la Reina. ¡El sueño de los muertos en la escultura funeral! ¡La pesadilla escultórica de la muerte en la vida!

Debajo del sepulcro tallado hay una cripta de enterramiento. Allí están en cajas de plomo los restos de los Reyes Católicos y los de su hija Doña Juana y los de Don Felipe y los de un infantito, Don Miguel...

Luego bajaremos a esa cripta y haremos oración de Castilla.

Es el día 2 de Enero. En lo alto de la torre de la Vela, una campana que se ha vuelto loca, que cuenta leyendas y dice de amores, está tocando a vísperas y a maitines del día histórico, con salmodia de pueblo.

Y en la Capilla real, con los paños bordados de manos de Doña Isabel y de sus damas, frontales, casullas y dalmáticas, con las banderas de las armas conquistadoras, sacras, misales, y cuadros y santas reliquias se hace un altar a modo de altar de campaña, colocándolo a la entrada del crucero, delante de los sepulcros.

Ocupan el coro bajo los Cabildos de la Catedral y de la Capilla: los Canónigos de capa pluvial y rodeando al venerable Arzobispo.

Una muchedumbre tradicional, desde las gradas del presbiterio y desde los púlpitos y desde todas las alturas, con ojos de asombro, inquirientes, preguntones, no contenida en sus ansiedades e inconsciencias quiere verlo y oírlo todo. Siente que aquello es algo de un pasado, sacudimiento de raza y medula de religión y de Patria.

Entra después, el Concejo de la ciudad, con sus escuderos y hombres de armas, pajes y maceros, alcaldes y ediles. Un concejal, el alférez mayor de Castilla, en tiempos de menos prosa, lleva en alza el pendón morado, enseña de reverencias sacras: y entra y permanece cubierto, sin quitarse su sombrero de copa. ¿Será un privilegio? Se recuerda aquella otra curiosísima usanza académica de Salamanca, cuando quien preside el claustro, en funciones religiosas, es clérigo, que puede estar con su teja puesta dentro del templo.

El Pontífice revestido de sus ornamentos, con mitra y báculo tiene delante el libro de ritual y entona las preces conmemorativas. El cuadro es de vibrante luz y colorido: el fondo de la verjería y de los sepulcros, y en natural confusión las vestiduras blancas de los sacerdotes, los uniformes militares, los manchones negros de la etiqueta civil. Y sobre el mar de cabezas asomándose empinadas, en inquietud constante las cruces parroquiales con sus manguillas, los cirios en varas de plata, la cruz magna metropolitana...

Los seises vocean un himno, antifonía de incienso y de epopeya...

El alférez mayor (suena mejor que concejal) con su sombrero de copa puesto irgue, blandiéndolo el Pendón de Castilla, desplegado a todo viento, sobre el pueblo y los nobles señores, después de haber hecho unas saluciones reverenciosas al Arzobispo y a los Cabildos de la clerecía y de la ciudad. Y se repite esto por tres veces.

En esos momentos, los de más intensa emoción, mientras el pendón morado satura el ambiente con plenitud de castellanismo, las músicas militares, los tambores y los clarines hacen resonar la marcha real. Y un rumor de almas callado, sentido en unos, la inconsciencia de gritaría en otros, el apretón de masas, es el vitor popular perdurable.

Por acabar pronto, no se ve otra razón, se corta en seco, impiamente la sonata airosa y valiente de las trompetas y los ecos de paz, de gloria, de España de nuestra marcha nacional.

Desde que vivo en Granada voy el día de «la Toma» a la Capilla real con entera devoción, recogimiento y gozo: llevo a mis hitos como a un fogueo de cruzada española, como a una fiesta de guardar, como a un bautismo y confirmación castellana.

Valía la pena, una preparación, unos ejercicios espirituales para que los niños y los hombres recibieran estas cosas bien ¡que son intuiciones llenas de vida y de arte!

Se acabó la conmemoración de «la toma de Granada» en la Capilla real.

Oleadas de gente, procesión y comitivas en desorden se agolpan a la puerta que da a la catedral en donde va a celebrarse más por extenso la fiesta con sermón de una hora que paga el Ayuntamiento.

A poco se queda en soledad la Capilla. Unos cuantos curiosos miran en los altares relicarios los cuadros flamencos, estimadísimos, muy poco estudiados que fueron legados por los Reyes y que con otros objetos, la espada de Don Fernando, el cetro de Castilla, la arqueta de Doña Isabel, su espejo... se guardan y custodian fielmente. Y en su sitio, en su casa son admiradas por los que entienden y sienten.

Se está tramitando el hacer con todo esto un Museo. ¡Para que habrán visto museos algunas personas!

El museo de los Reyes Católicos, fuera de su capilla, con vitrinas para las balelas famosas, para las joyas reales... Y tener el trabajo de escribir una papeletas que recen «esto estuvo antes en la Capilla real por voluntad de sus dueños».

Es la hora y la sazón de bajar a la cripta sepulcral. Está sola la Capilla.

Yo quiero hacer mi ofrenda a mi Reina.

Se bajan una escaleritas. Hay una reja de barrotes. Se corre el cerrojo.

He apagado la luz eléctrica profana, fría. Están allí las cajas que encierran los restos mortales de Isabel, la única, y de Don Fernando, en el centro.

Según se ha entrado, a la derecha, está la Reina.

No hay mármoles ni inscripciones doradas. ¡Qué a lo castellano descansa en paz mi Reina!

Puestas las manos blandamente sobre aquella cabeza, hincadas las rodillas en tierra, gozando de una anchura espiritual inmensa, renovando mi fe en mi Castilla, hago mi oración por mi Patria.

He dicho también a la Reina que perdone a los que no sienten el arte en la vida... ¡a los del Museo! y a tantos otros pecadores... a los de la luz eléctrica... a los que van a lo de la Toma de Granada sin alma...

Al salir de mi meditación me he sentido más castellano, más reciamente castellano.

En la Catedral predica un orador elocuente...

Y en la espadaña de la Torre de la Vela, la campana casamentera se ha vuelto loca.

MARTÍN D. BERRUETA

Granada.





CUENTOS SABIDOS, PUESTOS AHORA EN RIMA
Y SACADA LA MORALEJA

DAMAS Y POETAS



PLICÓME UNA MUCHACHA

—linda persona por cierto—
que en un álbum que tenía
le pusiera yo unos versos.

Díme prisa a complacerla
porque, como eran tan bellos,

ponían aquellos labios
un mandato en cada ruego.

Y tan inspirado anduve
que compuse en un momento,
como quien no dice nada,
un magnífico soneto.

Luego que le hube transcrito
con todo aliño y esmero,
devolví a su dueña el álbum
con un billete muy tierno.

Quiso mi buena fortuna
que aquella tarde en paseo
encontrara yo a la bella
y viniese a mí corriendo.

—¡Precioso, preciosos!— dijo
con mohín tan hechicero
que a Petrarca compensara
de haber sus rimas compuesto.

—No sabe usted, amigo mío,
lo que me gusta el soneto.
¡Qué lindo!... Pero ¡qué corto!—
añadió muy seria luego.

Yo no me atreví a decirla
que si ha de ser tal soneto
no puede sacar los pies
más allá de los preceptos,
y contentéme sumiso
con admirar en silencio
la gracia con que su boca
decía tal desacuerdo.

¡Qué bien hizo nuestro Lope
en ir contando los versos
cuando compuso a Violante
aquel famoso soneto!

Así evitó traba cuentas
a su dama el gran ingenio,
aunque temo que aun a Lope
argüirían de avariento.

El elogio de las damas
nunca quedará completo
aunque a tus sonetos pongas
un estrambote de a metro;

pues siempre a su parecer
—y acaso estén en lo cierto—
un tomo que las dediques
es corto encarecimiento!

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO



Ahí le tenéis, con su tónica morada, su fez rojo, sus calzones anchos adornados de botones de acero, sus botas amarillas y su bastón de puño de cobre. Aun cuando la lengua barba blanca y las guedejas, blancas también, que se escapan del fez y que rodean el cráneo de un nimbo plateado, indican una edad avanzada, él anda deprisa con cierto paso sinuoso e incierto que más tiene de reptación que de marcha. Lleva los ojos fijos en el suelo, y sólo los levanta para mirar rápidamente algo que le importe ver, y tornan ellos a clavarse en la tierra. Si recorréis en coche la ciudad, os sorprenderá hallar siempre en todas partes a este hombre extraño, como si os precediera o como si estuviese dotado del milagroso prestigio de la ubicuidad. ¿Acabáis de encontrarle en la Plaza de los Cuarteles? Pues cinco minutos después, que es lo que habrá tardado vuestro carruaje en llegar al fin de la calle Real (Wetepor street), le hallaréis también, siempre andando, siempre silencioso, siempre solo. ¿Es que hay en Gibraltar muchos ejemplares del mismo tipo?... Es la síntesis y la representación de la plaza hispano-británica. No creáis que Gibraltar tiene su expresión natural en el brillante oficial inglés que pasa a caballo ceñido el elegante uniforme, el rostro afeitado, la pipa de ámbar en la boca. Quien verdaderamente simboliza a este pueblo, es el judío errante. Ashaverus, que no otro es ese personaje ambulante e inquieto que os he pintado.

El es el comercio misterioso de Gibraltar, compuesto de oscuros tratos, en los que el contrabando tiene la parte principal. Y a fin de que no se enfaden conmigo los gibraltareños, recordaré que hasta en la Guía de Baedeker se consigna que el comercio se limita allí a la importación de algunos productos ingleses, de ganados de Marruecos y al contrabando con España. Para que el peligroso y despreciable mercanteo tenga toda la difusión y toda la intensidad que le convierten en pingüe negocio, es preciso la intervención de un agente como el que habéis conocido el cual se presta a todas las dificultades y bajezas características de lo que se realiza a escondidas, se discute entre dientes y se logra comprando conciencias.

Ashaverus habla en inglés con los ingleses, en castellano con los españoles, en árabe con los marroquíes, y aún le quedan en su repertorio poliglota unos cuantos vocablos para entenderse con los alemanes, italianos, dinamarqueses y holandeses. De la mezcla de tantas lenguas él ha hecho un idioma nuevo, en el que las palabras han perdido su condición natural, y se han roto y manchado. El léxico de Ashaverus me hace pensar en las aguas sucias de los muelles en que flotan los detritus arrojados de las naves de todos los pueblos.

Ahora entra en un café de la calle Real y conversa con un morazo rico, que toma te y sujeta con la diestra una cartera de viaje. Ciertamente que se trata de un contrabando de armas y cartuchos para las kábilas fronterizas a Ceuta. Luego penetra en una tienda y se pierde en la obscura profundidad del almacén subsiguiente. Más tarde, va a los muelles y habla con dos malteses, patronos de un felucho que se va a hacer a la mar. Después se aleja camino de la Línea, cruza con paso ágil la «banqueta» para la aduana española, se introduce en una taberna, recorre varios comercios y desaparece. Nadie sabe dónde vive, ni dónde come, ni si tiene familia. Da las citas a sus clientes en la calle. Mora en ella como los perros, sin dueño. Y si le preguntáis quién es, él responde:

—Un buen hijo de Dios y su servidor en la tierra.

Ashaverus goza de crédito mercantil. Lo único que en él se conserva puro es el respeto al dinero, porque sabe que el día en que le falte la confianza de los demás, habrá perecido. Tiene extensas relaciones en todas partes, y singularmente en Marruecos, donde le confían sus negocios y comisiones moros principales de Mogador, de Mazagán, de Rabat, de Larache y de los otros lugares de la costa jerrifiana. Para sostener estos asuntos no escribe cartas ni lleva libros de comercio, ni gira letras, ni realiza propagandas. Una memoria fiel, un arte para expresar lo que le importa con el menor número posible de palabras, y una red de amigos y auxiliares de su misma religión y raza, le bastan y le sobran. Y va escondiendo el oro que gana como lo hicieron sus padres y sus abuelos, en algún misterioso silo. Allí van amontonándose monedas de todos los troqueles, billetes de todos los bancos, piedras preciosas y alhajas. Para él sigue existiendo el tesoro que guardaron los judíos de los antiguos cuentos, y los califas y mercadores de «Las Mil y una Noches». En los litigios que se sustancian ante el Jerife de Gibraltar, Ashaverus comparece constantemente en su clase de acreedor, nunca como deudor. Si tiene predilecciones políticas e internacionales, las reserva. Le preguntáis:

—¿Qué te parece España?

Contesta:

—¡Gran nación! — repite.

—¿Y los ingleses?

—¡Grandes señores!

Todos le tratan de tío; y en esta caso el tuteo no es afecto; es desprecio.

J. ORTEGA MUNILLA

CRÓNICA RETROSPECTIVA

EL ALBUM DE UNA DAMA ARISTOCRÁTICA

Las damas de la Corte de Doña Isabel II y aún las que hicieron la conspiración de las mantillas contra Don Amadeo de Saboya y las de la Regencia de Doña María Cristina de Austria, no cultivaron los deportes modernos —si se exceptúa el noble y elegante *sport* hípico en que no pocas descollaron—, mas tocadas aún del romanticismo, ya por entonces decadente, mostraban afición a la literatura, a la música y a las artes, y holgábanse con el trato de los escritores.

Rara era, por aquellos tiempos, la beldad aristocrática que no coleccionara en su *Album*, las firmas más preclaras de los ingenios de la época; y como era frecuente la convivencia de estos ingenios en los grandes salones madrileños; como entre la misma clase alta, fulguraban luminosos los nombres del Duque de Rivas, del Marqués de Molins, de Don Juan Valera, del Marqués de Villeda, de Don Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar y tantos otros que se escapan a la memoria, ¡qué mucho, qué bellezas tan peregrinas como la Condesa de Teba, como la Duquesa Angela de Medinaceli, como la Condesa de Guaqui, como la Condesa de Velle— hoy duquesa de Pinohermoso— y como la Condesa de Guaqui —más tarde Duquesa de Villahermosa—, fueran inspiradoras de las más bellas estrofas!

Algunas de estas poesías figuran en las antologías de los poetas del siglo XIX y otras en la recopilación de sus obras, pero no pocas permanecen inéditas y es grato al cronista que, por suerte, ha tenido en sus manos muchos de estos *Albums* darlos a conocer a sus lectores.

Son páginas que pintan una época. ¡Cuán aparece en ellas el culto respetuoso que entonces se rendía a la mujer y a la dama!

Porque no son solamente los poetas quienes las rinden su homenaje, son —como sucede en el *Album* de la Condesa de Peña Ramiro— los rudos guerreros y los grandes estadistas los que se inclinan ceremoniosos y galantes ante la virtud y la belleza.

Homenajes tales, no eran otra cosa que el natural y lógico resultado de la convivencia de unos y otros en los salones aristocráticos; las tertulias famosas del Marqués de Molins, de donde salió el ingenioso número de *El Belén*; las más íntimas de la Condesa de Guaqui, en las que se dió a conocer el gran polígrafo Menéndez-Pelayo y donde se alentó la coronación de Zorrilla; las del viejo palacio de Medinaceli —que colgó e iluminó sus balcones para conmemorar el triunfo de Peral—; las de la Marquesa de Casa-Loring, a las que asistía el insigne Cánovas; las de la Condesa de Campo-Alange, donde brillaba el ingenio cáustico de esta dama, y tantas otras eran centros donde se fundían, como en un crisol, aquellas amistades literario-aristocráticas que a las veces producían obras tan hermosas como la célebre Elegía a la muerte de la Duquesa de Frías, de Don Juan Nicasio Gallego.

No; no podría aplicarse a las damas de aquella época la acerada frase que Oscar Wilde pone en labios de uno de sus personajes, refiriéndose a Lady B.***: *Pretendió fundar un salón y sólo consiguió abrir un restaurant.*

Mas de aquellos salones ¿qué nos queda? Tan sólo el recuerdo.

Vamos, pues, a ir exhumándolos en sucesivas crónicas, y para ello nada más oportuno que los documentos inéditos, que como en el *Album* de la Condesa de Peña-Ramiro, duermen el sueño eterno, bajo las blasonadas cubiertas y entre los broches áureos de las ricas encuadernaciones de antaño.

Ved como empieza el *Album* de la que en su primera juventud llevó el título de Vizcondesa de Ros, por su matrimonio con el hijo del General Ros de Olano, primer Marqués de Guad-el-Gelú.

Lleva la fecha del 11 de Septiembre de 1864 y sobre la firma de Antonio, primer Marqués de Guad-el-Gelú, se lee un inspirado soneto en que rindiendo homenaje a las virtudes de la madre, que adora en su tierno primogénito Alfonso, termina así:

Mas cuando el brio con la edad alcance
Para emprender la bélica carrera,
Deja a su padre que a luchar le lance

Y enséñale a que guarde la memoria
Del que ganó el Blasón, para que él fuera
Tercer Guad-el-Gelú, grande en la Historia.

Aquel niño, no llegó a ser hombre; su padre murió joven también, y años más tarde, la Vizcondesa de Ros, trocó este nombre por el muy ilustre de Condesa de Peña-Ramiro, con que hoy se la conoce en la sociedad madrileña rodeada de todos los respetos.

Inaugurado el Album por Ros de Olano, siguen las firmas de Don Segismundo Moret —deudo cercano de la Condesa— de los Generales O'Donnell y Serrano, que en sencilla prosa, cual cumple a tan insignes guerreros, cantan la virtud y la belleza de la dama.

En el año 65 Don Pedro Antonio de Alarcón firma unas bellas estrofas que principian así:

«No busques la dicha ansiosa,
Nadie la dicha nos da,
La dicha es flor misteriosa
Que en el corazón reposa
Del que buscándola va.»

La firma del General Lerzundi precede a dos preciosos dibujos de Valeriano y Gustavo Adolfo Becquer. Por esta vez el poeta de las golondrinas ha preferido aparecer como dibujante.

D. Heriberto García de Quevedo, un poeta muy estimado del siglo XIX, precede al autor afamado de «Muérete y verás». Bretón de los Herreros se muestra intimidado ante los nombres de los Generales insignes que aparecen en las primeras páginas del Album, y pregunta en fácil romance:

¿Cómo en Alcázar tan fuerte
penetrar mi humilde Musa?

¿Cómo echar su cuarto a espadas
donde tantas te circundan?

Sigue Don Miguel de los Santos Alvarez con un soneto titulado *A los treinta años*, en que ya despunta esa especie de plácida melancolía que fué característica del continuador de *El diablo mundo*.

Vienen después, con su letra de firmes trazos, unos cantares firmados por Campoamor; no llevan fecha, pero deben ser de la época de sus primeras *Doloras*. Uno de ellos dice así:

«Está tu imagen que admiro,
Tan pegada a mi deseo,

Que si al espejo me miro
En vez de verme te veo.»

El poeta y militar Gabriel Tassara, el primer conde de San Luis, a través de cuya limpia prosa se adivinan amargos desengaños de la política, Don Antonio Caballero, el Marqués de Miraflores, el de Heredia —feliz cultivador de la poesía— y el Académico Marqués de Molins, preceden en el orden cronológico a Cánovas del Castillo, que firma en Agosto de 1872. El cantor de *Elisa* termina de este modo su poesía:

«Señora, si al pasar notáis que os sigue
Mi vista con empeño,

Sabed que ando algo incrédulo, y recojo
Fé en vos para mi pecho.»

El cantor de las Orientales escribe una tierna poesía; su nombre no podía faltar en este Album, pues como él mismo dice:

«Yo soy como el arroyo;
Desde que brota
Por do va, en cada hoyo

Deja una gota;
¡Que es mi destino
Dejar gotas del alma por mi camino!

El hacendista Marqués de Orovio, el General Quesada, Marqués de Miravalles, el poeta Berzosa y un poeta-aristocrático italiano, el Duque de Madaloin, esmaltan con bellos renglones las páginas del Album.

No son menos, interesantes los dibujos, acuarelas y páginas musicales que figuran en el mismo.

Los melancólicos paisajes de Haes, las luminosas marinas de Monleón, las acuarelas brillantes de Palmaroli, los interiores conventuales de Tomé, los apuntes mitológicos de Dióscoro Puebla y la casita rústica de Beruete, nos transportan a una época ya lejana de la pintura contemporánea.

Y completando el artístico conjunto, aparece la firma de Mancinelli, al pie de unas notas de la célebre overtura de *Cleopatra*, la de Offembach, el celebrado autor de *La Gran Duquesa*, con unas notas de la misma; la de Arrigo Boito bajo un autógrafo de la danza griega de *Mefistófeles*, y la de Waltefeul, a continuación de las notas cadenciosas de uno de aquellos valeses que hacían las delicias de nuestras abuelas...

MONTE-CRISTO



LA CUMBRE MÍSTICA

VII

LA LÁMPARA MISTERIOSA ◊ TEORÍAS DE BERGSON ◊ LA FILOSOFÍA COMO ARTE Y
◊ LA INTUICIÓN COMO INSTINTO ◊ PSICOLOGÍAS SIN ALMA Y MISTICISMOS SIN DIOS ◊



ABREMOS, PUES, DE renunciar para siempre al más allá? ¿Debemos, pues, resignarnos con nuestra humilde razón a tejer en la sombra, como orugas, los hilos del propio cautiverio, las hebras de nuestras propias ilusiones, y,

menos libres aún que las mariposas, vivir y morir como crisálidas, sin esperanza de romper la cárcel y tender el vuelo? ¿Somos gusanos, pues, mas no de seda ni de luz sino de muerte? ¿Nunca la vida nos dirá sus secretos formidables? ¿Nunca la ciencia nos dejará entrever la invisible sustancia de las cosas?

La ciencia nó —responde Bergson— pero sí la filosofía. Porque la filosofía, según él, no es ciencia sino arte, un arte que sobrepuja a la ciencia, que se introduce allí donde jamás ahonda la razón. Porque las ciencias, cuyo órgano es el entendimiento, la facultad de abstraer, sólo conocen de las cosas la pura exterior-

idad; las ciencias son álgebras y geometrías convencionales o idiomas de la razón, símbolos del discurso, con que estudiamos los fenómenos, sus relaciones y sus leyes. Pero esas leyes no son realidades puras, sino abstracciones y metáforas, substituciones de las cosas para hacerlas asimilables a nuestro rudo percibir: conocer científicamente no es, por lo tanto, descubrir la verdad, el *porqué* de las cosas, sino saber el *cómo* las concibe nuestra razón; ni siquiera es concernos a nosotros mismos de una manera profunda sino abstracta, en relación y cotejo de todo lo demás, dentro de un implacable círculo vicioso. La filosofía, pues, no es una ciencia; la filosofía se remonta allí donde la ciencia acaba: la filosofía es un arte y su instrumento la Intuición.

Pero la intuición —decimos nosotros— ¿no es acaso una virtud intelectual? Esa lámpara misteriosa de los modernos iluminados con que presumen nada menos que hundir en el polvo los viejos altares de Minerva, rehacer las almas de los hombres y crear una nueva metafísica, ¿no luce con purísimo resplandor desde que el mundo es mundo y el genio es genio y la *mens*

divinior pugna por asir de golpe lo que rastrean paso a paso la lógica y la experiencia? Esa infalible y súbita percepción, esos relámpagos de la verdad, ¿no se encienden lo mismo en la ciencia que en el arte? ¿Son por ventura de diverso origen y extrañas del todo a la razón las intuiciones de Aníbal o del Gran Capitán, las de Colón y Galileo, de Newton y Servet, el *eureka* de Arquímedes, la lumbre misteriosa que esclarece los poemas de Homero, los diálogos platónicos, el *Organum* de Aristóteles, los Salmos de David, la Concepción de Murillo, los semblantes del Greco, las tallas de Montañés, el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha? No surgen a veces de un mismo cerebro, de una misma y fecunda inspiración obras de arte y de ciencia? ¿No se abrazan y funden el *cómo* y el *porqué* de las cosas en las alturas mentales de un Leonardo de Vinci, de un Goethe y más todavía en las puras contemplaciones de Santa Teresa y San Juan de la Cruz? ¿No es la intuición el blanco de toda la teología cristiana, desde las hoces y angosturas de las formas dialécticas y los entendimientos ínfimos, a las soberanas cumbres del concebir angélico y la visión beatífica? ¿No hay rastros y centellas de esa lucentísima virtud intelectual hasta en los hombres materialistas y epicúreos, siervos del ateísmo y de la muerte, como Lucrecio, *cum somnus membra profudit, mens animi vigilat*? ¿Cuáles son, pues, la novedad, el ímpetu revolucionario, la oculta raíz de esta maravillosa intuición bergsoniana que tan raras fruiciones, tan nuevos y peregrinos modos de conocer promete a sus cándidos hierofantes? ¿Qué mundo viene a descubrir que no tuviera descubierto y alumbrado ya, con clara y rotunda lucidez, esta pobre Razón tan calumniada y maltraída, reina de Saba ayer y hoy Cenicienta en el hogar de los filósofos?

La intuición —replica Bergson imperturbable— no reside en la inteligencia, sino que tiene su raíz en el instinto. La vida, conforme a «la evolución creadora» del pensador francés, consiste en un impulso original, maravillosamente engendrador, como el Brahma de los indos, pleno de potencias anímicas y materiales. Pero ese impulso creador, ese novísimo *Panteos*, en vez de seguir una sola trayectoria, fluye, al modo de la *trimurti* brahmánica, en tres direcciones divergentes: la vida vegetativa, la instintiva y la racional, cuyos progresos son otras tantas creaciones. El capital error que prevalece desde los tiempos del Liceo, estriba en considerarlas como tres grados sucesivos de un mismo y único desarrollo, cuando son líneas harto diferentes, bifurcaciones de una actividad impetuosa que se divide por el hecho de acrecentarse. El movimiento de la Naturaleza no es, como dice Aristóteles, un deseo in-

finito de perfección universal que asciende sin descanso, derechamente, al través de todas las cosas, de lo inferior a lo superior, del metal a la planta, de la planta al bruto, del bruto al hombre, hasta arribar al ápice del pensamiento que es la cosa perfecta, la razón final, la vida en sí. Muy al contrario, el aliento psíquico de la vida, su soberana plenitud, no se invirtió exclusivamente en esa línea orgullosa del progreso intelectual que sube desde los seres ínfimos al *homo faber*, al hábil constructor de los ingenios útiles y de los moldes lógicos; la «evolución creadora» no se agotó al hacer entendimientos puros, al educar geometrías que redujesen la pujante fluencia de la vida al mecanismo artificioso de la ciencia humana: por vías más ocultas y sutiles se encaminaron y cundieron, para suplir y completar a la razón, otras distintas formas de conciencia, otras virtudes eficaces que si hoy parecen sepultadas bajo las torres de marfil del pensamiento abstracto, habrán de iluminarse y rebullirse cuando, cerca las unas de las otras y coincidentes en el foco de luz de la inteligencia, se logre obtener una visión más profunda de la realidad, por momentánea que fuere. Así el instinto, raíz de la intuición.

El instinto y el entendimiento, compenetrados en el primer impulso vital, se disociaron después, mas aún conservan no poco de su común origen: toda inteligencia es algo instintiva; todo instinto es algo inteligente. Los dos se completan, se superponen y confunden, pero a la luz de una sagaz observación se nos revelan de muy diverso carácter. Vienen a ser como dos hermanos gemelos, nacidos a la par del mismo vientre, arrullados en la misma cuna, pero distintos y aún opuestos por su índole y vocación. El uno es un dómine; el otro es un artista. El uno todo lo reduce a conceptos y palabras; el otro busca lo que tienen las cosas de indecible. El intelecto se refiere a los objetos exteriores, los manipula a su gusto, los pesa y cuenta y mide y relaciona, pero se queda en el umbral de la vida con sus balanzas y sus catálogos, mientras el instinto se mete de rondón por todos los aposentos de las cosas y llega hasta sus cámaras nupciales. La inteligencia es pulso y es tanteo; el instinto es visión aunque sea a distancia; el instinto es vida, está moldeado por la misma forma de la vida: en tanto la razón, hábil operadora de lo inerte, escinde con admirable precisión mecánica, mas, en llegando a lo vivo, corta y destruye con el rigor, la tiesura y brutalidad de un bisturí, el instinto procede al modo orgánico, se pliega dócil a toda evolución, sigue fielmente los más complejos desarrollos.

Cuando el avecica rompe su cascarón de un picotazo no hace por instinto sino seguir el movimiento que

la condujo y organizó al través de todas las fases embrionarias. Al considerar el trabajo asombroso de las células, juntas por millones para un sólo fin, y éste repartirse los deberes y vivir cada una para sí lo mismo que para las otras, multiplicarse, correr al peligro como soldados a la lid; al ver la sabia organización de los insectos y las plantas, las maravillas del instinto animal, ¿cómo no reconocer la virtud de esas fuerzas oscuras, generadoras, alma inconciente de los procesos vitales? Si la conciencia que duerme en el instinto se despertara de pronto y adquiriese conocimiento en vez de exteriorizarse en acción, nos descubriera los más íntimos secretos de la vida.

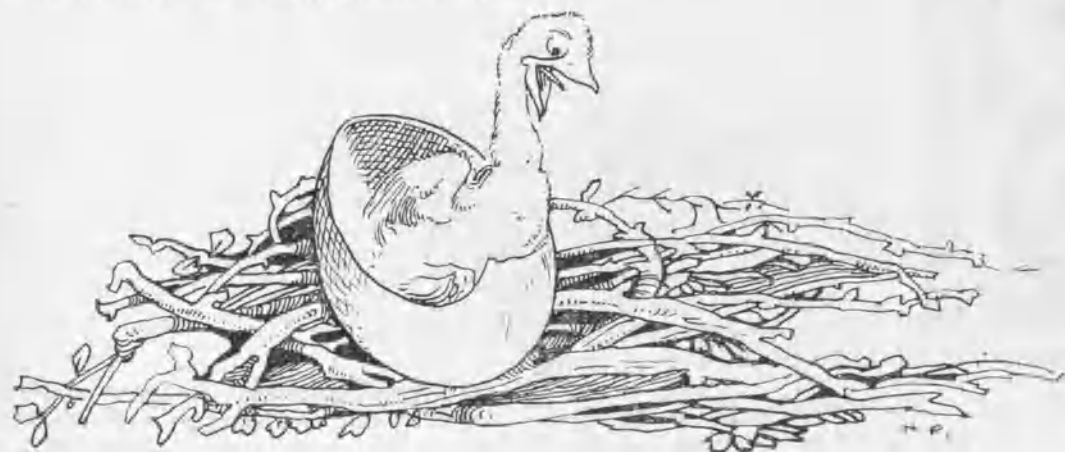
No hay, pues, sino exaltar, esgrimir y refinar el instinto para que abrace las cosas con simpatía irresistible, las penetre en su intimidad inefable, las viva y sienta con emociones puras y torne luego sobre sí para hacerse consciente, para darse cuenta de lo que vió. Si por un esfuerzo singular coinciden por breve instante, con brusco roce, la inteligencia y el instinto, saltará de repente, como al ludir el hierro al pedernal, la chispa de la intuición. ¿Qué otra cosa hace el instinto del artista? ¿No es éste el secreto de la invención estética?

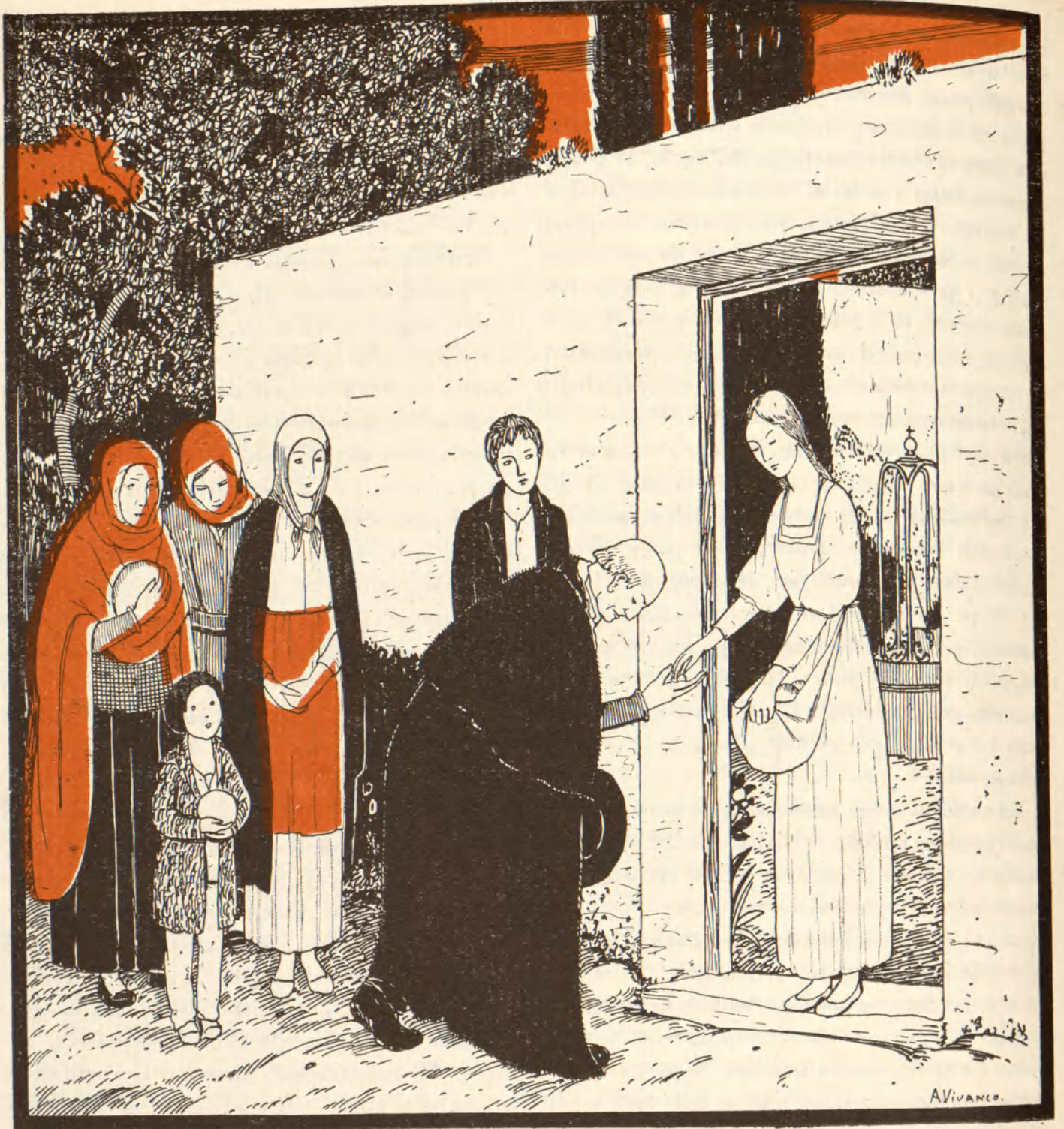
Tal es de un modo esquemático la teoría de Bergson, el insigne profesor del Colegio de Francia. Realmente no merecía la pena de barajar tan ingeniosamente la biología y la filosofía, la ciencia y el arte, la razón y el instinto, la Física de Aristóteles y el transformismo de Darwin, las ideas platónicas, el método Cartesiano, las doctrinas de Espinosa y de Leibniz, la crítica de Kant y el evolucionismo de Spencer, con toda suerte de arrequives matemáticos, histológicos, químicos y ortogenéticos, amén de un bello estilo y muy garbosas imágenes, para decir en sustancia que debemos asimilar la filosofía y el arte sobre la base común de la intuición; que la intuición, lo mismo la filosófica que la estética, no es una virtud intelectual sino instintiva, pues el entendimiento razona pero no intuye, y que debemos, por último, hurtarnos a la esclavitud de la ciencia y acechar ese punto fugacísimo en que

la razón, orientada a las cosas materiales, coincide con el instinto, que es vida ciega pero vida al fin, hasta que surja el relámpago de la intuición, esto es, el foco de luz en que la onda vital, que es puro instinto, se vislumbra a sí misma, en que la voluntad de vivir, como decía Schopenhauer anticipando la falacia pero con más ingenio, reconoce su propia esencia.

Que todo esto sea «descubrir» una nueva actividad psicológica, restablecer sobre nuevos cimientos y con sentido original la Metafísica, abrir nuevos horizontes a la especulación humana y responder como agua de mayo a los anhelos espirituales del siglo, conforme aseguran los apologistas de Bergson, habrá que examinarlo con esmerada solicitud. Porque el problema de la intuición, si atañe directamente a las más profundas cuestiones del conocimiento metafísico, tiene también una enorme trascendencia teológica, en el orden dogmático y en el orden experimental. ¿Qué es la cumbre mística sino la cumbre de la intuición? Quitadle a la inteligencia su más elevada aptitud, el conocer intuitivo, la vista de los ojos interiores, y al punto la arrojaréis, ciega y obtusa, en la noche del escepticismo universal. Poned la intuición en los estados de inconciencia, en esas emociones irracionales y enigmáticas, las simpatías instintivas, las aprensiones, los presentimientos, fenómenos que sólo tienen cabal explicación en la peregrina Filosofía del alma; reducid, como suelen estos modernos *psicólogos* (que empiezan por negar la *Psique* y renegar del *logos*), la capacidad intuitiva del Espíritu a los impulsos de la vida animal y aun a las fuerzas de las cosas inertes, y al punto rodaréis por los barrancos del iluminismo panteísta, del inmanentismo vital y del evolucionismo ateo y otros *ismos* innumerables y mentirosos; especulaciones bastardas con que los ciegos alumbrados de ayer y de hoy confunden la lucidez, la energía y la riqueza de la intuición intelectual con las sombras, los desfallecimientos y apetitos de las potencias inferiores; psicologías sin alma, místicas sin Dios, heréticas a la par de la razón y de la fe.

RICARDO LEON





COMO EL PAN



BUENA ES, COMO EL PAN de Dios. Esto me dió... y ¡con qué cara! Cara de rosa, y en los ojos agua...

La tía Nastasia dejaba, al decir esto, un pan, blando y caliente, sobre la ennegrecida mesa, vacía desde muchas, largas, interminables horas atrás. Dos chiquillos se acercaron, empujándose para clavar con ansia sus ojos brillantes en la torta... ¡oh sorpresa! Había también un trozo de embutido, desti-

lando su grasa rojiza sobre la apetecible corteza; unas manzanas...

En un momento, hizo Nastasia el reparto. A los niños primero; luego a «él». Ella, la última, como siempre. Qui-

zá, la más gozosa. ¡Cómo que había sufrido toda el hambre de los demás!

Comieron en silencio, hasta «los postres», entonces preguntó a Nastasia su marido.

—¿Estaba la madre en casa?

—Ni la madre ni el padre tampoco. Gracias a ello, pudo la hija ser tan dadivosa. Por algo cuidé ¡de ir allá cuando sabía que estaba sola; que si llegan a verla alguno de los dos, no sacara yo tanto provecho. Como ella tiene la llave de todo, y la hacienda es mucha, bien puede hacerlo sin que los viejos lo conozcan. ¡Anda! Y me dijo que volviera mañana, y otro día, hasta que tú puedas trabajar... ¡Si es como el pan!

A la puerta del molino los carros se sucedían en un constante ir y venir. No había otro molino como aquel en diez leguas a la redonda, con tráfico tan activo y que produjese

tanto dinero. Por eso, por el caudal que amontonaba, era su dueño tenido en mucho de parte de algunas personas, entre otras los padres de Ana, «la limosnera» como la llamaban en el pueblo. Así, veían con mal disimulada alegría el recibimiento que les hacía el molinero cada vez que en su portalón se descargaba una carreta en cuya altura se movía, ayudando a la faena, la gentil mocita. Los sacos de ellos, eran los primeros que se atendían, aunque no les tocaba la vez, y entraban en molienda con preferencia a todos. Mientras volvían a llenarse de suave harina, el amo del molino no quitaba los ojos de la muchacha, contemplándola a través de una polvorosa nubecilla. Ana parecía de aquel modo aún más blanca; su dorado cabello quedaba envuelto como en un nimbo: pero en sus ojos se vislumbraba una expresión de angustia. Porque el hombrón aquel, duro, avariento y feroz, la era hondamente repulsivo, y ella sabía muy bien que no le había cautivado solo por su belleza. Las muchas tierras que poseían sus padres y el gran desenvolvimiento de ella para ayudarles en todo, eran causa de que el ricacho la prefiriese a cuantas mozas pasaban por su casa.

Cuando los viejos llamaron una tarde, después de un largo conciliábulo, a su hija Ana para comunicarle que el molinero la pedía en matrimonio, Ana recibió la noticia como la de una desgracia, ya de antemano presentida. Protestó: pidió, llorando, que la librasen de aquella cadena que querían echarle encima. Todo en vano.

Su madre la dijo no más, por todo consuelo:
—Un hueso te he de romper si tratas como desagradecida la buena suerte que te viene a buscar.
Ana dobló la cabeza y la boda se hizo.

Una sola cosa sonreía a la hermosa molinera en su nueva posición. Todos los pobres, sus amigos, se habían alegrado de verla dueña de tanto dinero como se decía que poseía el amo de aquel negocio. Mejor aún que antes, podría amparar a los desvalidos que continuamente venían a buscarla. Y pensando en esto, casi se alegraba de haber sido tan excesivamente dócil...

Pocos días, sin embargo le duró tan piadosa ilusión. Las primeras veces que delante de su marido se atrevió a dar limosna, lo hizo como la cosa más natural del mundo. Pero no tardó en notar que aquello le disgustaba. Su ceño se fruncía; su voz, áspera siempre, tomaba rudas entonaciones para despedir, desde donde se hallase, al mendigo cuya lamentosa súplica llegara hasta su oído, en constante alerta. Un día bajó al portalón: señaló al camino con el siniestro brazo extendido, y dijo al pobre que en aquel momento recibía de manos de Ana una limosna:

—¡Largo de aquí, de una vez para siempre; tú y todos los de tu calaña!

Y empujando a su mujer hacia adentro, ordenó con sorna:
—Mira a ver si tienes que hacer algo de más provecho que dar conversación a estos holgazanes. Y, otra cosa: lo que yo gano, y por tus manos pasa, es para que se guarde y se mire por ello: no para tirarlo. No te digo más.

Ana quedó muda, dolorosamente herida en su alma bondadosa. Hizo propósito de no contrariar a su dueño y señor, cumpliéndolo por algún tiempo.

¡Qué martirio fué para ella!

—Acostumbrada a acudir, presurosa y risueña, en cuanto oía llamar a un pobre, ahora escuchaba el dulce:

¡Alabado sea Dios!

Y se llevaba al corazón las manos cruzadas para responder con voz dolorida.

¡Dios le ampare, hermano!

Pero no se movía del lugar en que estaba.

Con todo, los pobres de la comarca que la conocían bien no se conformaban con no verla, y volvían... Aunque ella no se quejó a nadie, ni dijo palabra alguna que revelase el tormento de su corazón, harto visible era la tristeza que la dominaba. El primero en notar lo fué el causante de tan honda pena, y al observarlo, en vez de inspirarle compasión, le daba ira. Su mujer se le hizo odiosa. La dulzura se le antojó hipocresía; la humildad, le pareció bajeza...

Ana pasada la primera sensación de dolor, fué recapacitando. Su buen sentido la dijo que ella también era rica; que ningún pecado había en disponer de una pequeña parte de su sobrante hacienda en bien de los necesitados. Obrando discretamente, y evitándole a él el disgusto de saberlo... Una mañana, por la puertecilla del corral donde cuidaba a sus gallinas, volvió a dar limosna a un pobre.

Tras de aquel acudieron otros. La noticia cundió entre ellos, de que «la limosnera» no había nunca dejado de amarlos. Avisados, unos por adivinación, otros por miedo, venían en las horas más ocupadas para el molinero y que más lejos le retenían de aquel lugar. Ella mostraba a sus amigos su sonrisa dulce, triste. ¡Cuanto la querían todos, a aquella joven buena, tan buena! «¡como el pan!»

¿Qué espíritu maléfico se encargó de soplar al oído del amo unas palabras delatorias? Debió ser el demonio de la codicia, encarnado en un mal servidor. Ello fué que el hombrón, poseído de rabia, comenzó a espiar a su mujer... La ocasión no se hizo esperar.

Apoyándose en el quicio de la puerta del corral, estaba el viejo Tomás; faltábanle las dos manos, hacia muchos años; Ana le había conocido así, y desde que era niña le socorría. Ahora le estaba hablando cariñosamente mientras cortaba para él el coruscante cantero de una torta. En aquel momento surgió en el corral y avanzó hacia los dos la corpulenta figura del molinero. Venía ebrio de cólera, barbotando algo en su lenguaje brutal. Arrebató el cuchillo de manos de su mujer...

El viejo Tomás huyó despavorido, llevando al lugar la noticia de que «la limosnera» quedaba en poder de un demente. Cuando, a poco llegaron algunos vecinos, con el juez y el Alcalde, la gente del molino se agrupaba en el corral, muda de estupor, pero el loco había huído.

Junto a la puerta, caído en tierra, yacía el cadáver de Ana, con una tremenda cuchillada en el pecho. A su lado, el pan, se iba empapando en la sangre que fluía de aquel corazón generoso...

De cara al cielo, con los ojos fijos, abiertos, la inmolada víctima parecía implorar por su verdugo.

Y el pan de los pobres, ensangrentado, era como una oblación expiatoria, ofrecida por los padres que inconsideradamente sacrifican sus hijos...

SOLEDAD RUIZ DE POMBO





LOS CABALLEROS GRISES

EL PADRE RAFAEL FERRER, PROTOMÁRTIR DEL MARAÑÓN



AL DICTAR SU CODICILO la dulce Reina de los claros ojos, tuvo un recuerdo maternal para sus pobres vasallos de América, hundidos todavía en atraso primitivo, fuyentes y temerosos en la fraga amazónica.

Un mundo entero de almas vírgenes, espíritus cándidos, asomados a unos ojos oscuros y brillantes, se recomendaba a la ternura infinita de Isabel. El último fulgor de un sol, bermejo al ponerse en Castilla, doraba la frente

de la moribunda, mientras en el viejo Aconcagua nacía la aurora besando las nieves eternas: el mismo lucero que

se apagaba sobre el Castillo de la Mota iba a encenderse en el Arauco indómito. La mano augusta que empuñó el cetro más poderoso de la tierra, apenas tuvo la fuerza necesaria para señalar, con gesto inolvidable, el Occidente lejano por donde huía el sol: y se le fué el alma en un suspiro a la santa musa de Castilla...

Los indios americanos, infelices criaturas de Nuestro Señor, huían despavoridos al estruendo de la fusilería. Las tersas hojas toledanas, llameantes al sol del trópico, las rojas bandas de los capitanes, las voces heroicas mezcladas con las plebeyeces de la soldadesca, pusieron el espanto y el terror en los semblantes bobos de los hombres niños. Ocultaron su pánico, temblorosos y cobardes, en los húmedos tremedales del ansar amazónico. La codicia y la crueldad, heces de presidio y de galera, perseguían en inícuca caza a los tristes hijos de la Selva. ¡Dios!... ¡Si a

esa hora apareciera la Reina nuestra señora! ¡Cómo hubiera temblado la ira santa en las pupilas serenas!

Más la simiente de ternura que cruzó los mares en el aura de un suspiro, no podía ser estéril allí donde ardían ya, con las entrañas de los montes, los corazones de los hombres buenos que conocen a Jesús.

El ansia de vivir, la indignación noble de verse hollados y perseguidos, despertó en las almas puras de los indios un odio primitivo y cruel, instintos de puma herido, aletargos rabiosos de neblí. La brecha angosta del Pongo de Manseriche bramaba horrendamente con acentos de exterminio, mientras caían como una maldición, bandadas de *mainas* sobre la ciudad de Borja.

Allá, en las frías quebradas de Zuña y Macas, el aullido ululante de los *ayumbas* convocaba en el silencio de la noche a los cetrinos guerreros de la Cordillera. Sobre los bellos torsos brillaban, a la luz estelar, las lentejuelas de oro, los collares de turquesas, los rubíes sangrientos como el ojo del condor. Las voces sonoras, casi inarticuladas, ponían en el aire quieto cadencias de odio y de muerte. Y la horda jadeante rodaba con el día monte abajo, como un torrente de lava, arrasando los poblados del forzador.

Corrió la sangre, negra de ira por las tendidas venas del padre Amazonas, hermano espiritual del Jordán y del Ganges. Y sobre el Océano, el lucero que se apagaba en Medina tuvo cárdenos fulgores en la tragedia del crepúsculo.

Mientras algunos caballeros españoles envilecían la noble diestra persiguiendo el mito de un Dorado, otros caballeros, españoles también, con humilde sayal por coraza, una cruz por blasón y por arma un cayado de peregrino, emprendían llenos de fe apostólica la más admirable conquista espiritual de la Historia. Mandatarios enardecidos de la Reina de Castilla, poseídos del espíritu de los héroes legendarios, seguían la ruta que les marcó su mano, ya caediza y pálida. La historia insigne de estos caballeros grises, pacíficos hijos de San Francisco y de Loyola, está tan llena de heroísmos inauditos, de aventuras maravillosas, de esfuerzos incomprensibles, que sin duda nuestros eruditos y nuestros poetas no hallando los sonos de la lira antigua para acompañar el canto solemne de la Epopeya de la Cruz, la olvidaron, respetuosos o ignorantes. Nuestros archivos, religiosos y civiles están llenos de narraciones modestas, de hechos admirables, relatados por los mismos héroes en un estilo sencillo, siempre veraces y humildes las plumas bien tajadas.

Lejos de nosotros la idea de contribuir científicamente a estudios encomendados a los eruditos, solamente queremos, como periodistas, dar el realce debido en las páginas de VOLUNTAD, a los caballeros grises de la Conquista (1).

Mañana de primavera en el mes de Noviembre del año de Cristo de 1599. Quito, la vieja ciudad incaica se despereza aún bajo un cielo transparente; tiene el aire una frescura perfumada y sutil: la doble cima del nevado Pichincha fulge ya a los primeros rayos del sol, que proyecta la mole augusta sobre el valle inmenso y feraz. En el Cerro del Corazón suena un «claro clarín sonoro» despertando a la pequeña guardia de un tortín español. Y una campana, alegre y cantarina, voltea como loca en la espadaña de un convento.

Un hombre, joven todavía, cruza la última quebrada de la ciudad y sale al campo. Viste un hábito oscuro y humilde; lleva el paso vivo, altos los pensamientos en la noble frente, gallardo y sencillo el porte muy español. Un indio soñoliento, caballero en su llama lenta y peluda, camina hacia la ciudad cruzándose en el sendero con el peregrino. Lleva éste en la mirada un extraño fulgor de poseído y contesta, con un dulce acento mediterráneo, al saludo respetuoso del inca converso:

—El Señor acompañe a vuestra *mersé*, *padresito* Rafael...

—El te bendiga, hermano...

Continúa su marcha acelerada el Padre Rafael Ferrer, de la Compañía de Jesús. Tiene que cubrir una distancia de cientos de kilómetros a través de la Cordillera, por pongos y trochas desconocidos, tiene que vadear ríos, salvar abismos, atravesar malas inmensas, llenas de cien misteriosos peligros. Dormirá al raso, al amir de las estrellas, alta en los cielos la Cruz del Sur. Lleva el corazón encendido en ternuras inefables por todas las criaturas de Dios; y no teme a los alacranes, ni a los penas, ni a los indios. Y al caer el sol de aquel día, cuando ya se alzaban cara el oriente ensombrecido las tierras vírgenes del Amazonas, el Padre Rafael, erguido en un peñol, como un Profeta del Testamento Antiguo, tiende las manos hacia la selva misteriosa y la bendice en nombre del Cristo Jesús. Un viento, caliente y húmedo que sube del valle infinito, hace temblar el hábito del misionero en pliegues heroicos. Se ciernen las alas de la noche sobre el dormido continente nuevo.

Llevaba el Padre Ferrer, con la bendición de Don Fray Luis López de Solís, obispo de Quito, la misión de evangelizar a los *cofanés*, indios feroces que hostilizaban constantemente las guarniciones de Quijos y de Baeza, como respuesta a persecuciones anteriores. Extenudado por la fatiga del viaje, llegó el Jesuita al último de los poblados, donde Pedro Palacios, capitán del rey, gobernaba una chusma codiciosa y picara que perseguía a los indios. Al conocer la intención del buen misionero, rióse estúpidamente el militar y se negó a darle la escolta que solicitaba. Sólo, pues, con más unción entonces que nunca, entró el Padre Rafael a los *cofanés*; y sin más guía que su instinto de apóstol ni más intérprete que su fe, hizo el milagro de que unos cuantos salvajes, cautivados por la dulzura de sus maneras, abandonaran la vida errática a través de la *jungle* para «reducirse» a la sombra de una choza sobre la que campeó una cruz. Así se fomó la primera misión del Alto Amazonas, con el nombre de Bendoa, principio de una serie interminable de conquistas espirituales, hasta el mismo océano. Largos y apacibles meses vivió el Padre Rafael en la reducción, con sus amados catecúmenos. Acrecentábase el poblado con nuevos conversos, y el buen misionero, que aprendió la pobre lengua *cofánica*, les enseñaba a *chacrear* la tierra, a construir la casa, a temer a Dios y alabarle en ingenuos salmos de encantadora poesía. Hasta que viéndose incapaz de atender él solo a sus indios, tornó a Quito, siempre a pie, y pidió allí un compañero. Diéronle a Antón Martín, lego francés, que emprendió el camino de Bendoa con el Padre. Dejó éste a su acompañante al cuidado de la reducción, mientras él, incansable en su celo y en su amor por los indios, emprendía nuevas misiones. Volvió todavía a Quito en busca de un padre que le ayudara a bautizar y confesar y trajo consigo el Padre Fernando Arnulfini, italiano de nación. Tres años anduvo por la selva, cruzándola en mil direcciones distintas, haciendo jornadas pavorosas a través de la fraga inmensa del Aguarico y el Napo. Redujo a *omaguas*, *icahuates*, *abixiras* y *coronados*, gente recelosa y acobardada, que, muchas noches, rodeando el chozo de los Padres en ronda siniestra, acechaba con el odio en las pupilas y en los dardos, el sueño de los apóstoles. Todo iba bien sin embargo, para los hijos de la Selva, cuando de nuevo la codicia y la crueldad asolaron la mies, ya granada y madura bajo el sol de la Caridad.

Pedro Palacios, el capitán del rey, lanzó una algarada sobre los *cofanés* haciéndoles abandonar su querido Bendoa. Escondieron la ira y el temor en lo más oscuro del monte, vigilante siempre al grazido lúgubre de la *matraca*, el ave sagrada, que desde lo alto de los achiotes, avisaba la presencia del odiado *wiracocha*.

Fué llamado a Quito el Padre Ferrer, con la orden de abandonar aquellas misiones. Lloró el santo Jesuita al volver el rostro por última vez al Aguarico, el trágico río que bramaba como nunca su grito eterno.

El caballero gris que salió de Quito una bella mañana de primavera, vaga ahora, avejentado y triste, por el arrabal de la ciudad. Quiere ahuyentar la melancolía dejando que el alma y los afanes se le vayan por el sendero de sus amores. Tiene, como siempre, serena la mirada, humilde la traza. De pronto se estremece como un azor prisionero y

(1) No queremos atosigar al lector con notas bibliográficas de documentos — inéditos muchos — consultados antes de ser escrito este artículo. Lo mismo haremos con los sucesivos, dado el carácter de esta publicación. Quedese para la grave labor del erudito la investigación científica de esas preciosas y olvidadas joyas de nuestros archivos.